

CARMEN CARRASCO RAMOS

*4º Certamen Internacional
de Relato Corto*

Escritor:

“Rogelio Garrido Montañana”



GRANADA CLUB SELECCIÓN

1ª Edición: año 2016

Copyright: Carmen Carrasco Ramos

Copyright de esta edición: Granada Club Selección S.L.

I.S.B.N.: 978-84-16656-14-1

Depósito legal: GR 1078-2016

Edita: Granada Club Selección S.L.

Ilustraciones del interior: Carmina Andrés

Empresa Distribuidora: Granada Club Selección, S.L.

Avda. de Andalucía 16.

18611 MOLVÍZAR (Granada)

Teléfono Redacción: 958 62 72 16

E-mail: promociones@granadaclubseleccion.com



Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa y por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante cualquier alquiler o préstamos públicos.

DEDICATORIA

Querido hermano Joaquín. Eres un orgullo para todos los que tenemos la suerte de ser tu familia así como para tus muchos amigos. Tu condición humana es un ejemplo a seguir para todos porque eres irrepetible.

Este libro va dedicado a ti con todo mi cariño.

AGRADECIMIENTO

Como siempre, a todos los que me apoyan, que son mi familia y amigos, y en especial a Jesús y Carmina Andrés.

Mi agradecimiento también al jurado, que ha tenido a bien premiar mis relatos.

Y a D. Rogelio Bustos Almendros, autor del prólogo, con todo mi afecto.

Prólogo

“Por sus frutos los conoceréis”. Esta frase evangélica pronunciada por Jesús hace 2000 años allá en tierras de Israel, con el paso del tiempo va subiendo de valor. Fue una advertencia contra los hipócritas, los falsos profetas, contra las equívocas apariencias y contra todo lo malo que nos lo quieren vender como bueno.

Conocí a Carmen Carrasco Ramos hace cuatro años a través de la lectura de su libro “El diario de Yasmín” en el que relata con una especial y elevada ternura, la vida junto a ella de su perrita Yasmín y el sentido dolor y soledad que le embargó tras su muerte. Libro en defensa de los animales por el cual fue nombrada Primer Miembro de Honor de ARCADYS (Asociación para la Defensa y Respeto de los Animales Domésticos y Salvajes), que leí varias veces porque siempre encontraba algo nuevo en cada lectura. Más adelante tuve el honor de presentarlo en Valencia. A partir de entonces ha sido continua nuestra relación por medio de la lectura de sus poemas, de sus libros y de los frecuentes encuentros culturales organizados por Granada Costa. (Debo apuntar también que a raíz de la lectura de “El Diario de Yasmín” dejé de comer *foi-gras* al conocer la crueldad a la que se sometía a los animales para obtener este producto).

Así poco a poco he podido comprobar por sus escritos y por sus comportamientos, que sus frutos son buenos, por tanto retratan su personalidad. Es una mujer de una inteligencia despierta, culta e imaginativa que estaba destinada, entre otras cosas, a ser escritora y poetisa, pues con esas cualidades y su gran riqueza interior, son fuerzas que obligan a dar forma a las ideas.

Carmen es contempladora de la Naturaleza a la que conoce, comprende y ama. Ama a los animales, a las aves, tanto, que como San Francisco puede decir: hermano lobo, hermano perro, hermano gato... Ama a las plantas y piensa como Dostoyevski: “No entiendo cómo se puede pasar a la vera de un árbol sin sentirse feliz”. Estos

amores han dejado una profunda huella en su alma que luego refleja en su vida, en sus libros y en sus poemas. Ella sabe bien que para ser feliz es imprescindible estar en armonía con el Universo. Por eso para comprender sus obras, sus frutos, se necesita tener una sensibilidad especial porque están llenos de afectos, de ternuras, de sugerencias; no son para espíritus vulgares.

Carmen Carrasco nació en Melilla, ciudad a la que ama profundamente, y allí estudió Magisterio. Ejerció la enseñanza en diversos lugares de la geografía española, Jaca, Sevilla, Valencia, donde ya se quedó a vivir. Pero su espíritu inquieto y viajero le impulsó a hacer un recorrido por el mundo con los ojos muy abiertos y observando con todos los sentidos muy atentos todo cuanto ocurría en su entorno, empapándose de las diferentes culturas y religiones almacenando en su memoria y en su alma infinidad de vivencias, emociones, sentimientos e ideas que, recordando a Bécquer, esperan en su cerebro "acurrucados y desnudos", el momento de vestirlos con las mejores palabras.

Los escritos de Carmen atraen y conmueven, pues además de belleza literaria, es un alto ejemplo de amor a la humanidad, a los animales, a las plantas y a todo cuanto existe en el Universo. Después de su lectura nadie queda indiferente porque todos llevan un mensaje, un toque de atención a nuestra conciencia; es reencontrarse con alguna verdad dormida, olvidada, o tal vez nueva, es una invitación a la reflexión y siempre un escaparate abierto a la cultura, pues no en vano a sus numerosos premios ha unido este año 2016 el de "Amiga Dilecta de El Paraguay".

Las ocho narraciones que forman este último libro, "Una mala jugada", Primer Premio de Relato Corto "ESCRITOR ROGELIO GARRIDO MONTAÑANA", convocado por Granada Costa están enlazadas por un hilo conductor y se desarrollan en distintas e importantes ciudades del mundo que Carmen ha visitado. Tres de ellas han sido premiadas en distintos certámenes y, además, el libro viene ilustrado por composiciones fotográficas acordes con el contenido de cada relato. Un alarde de imaginación

realizado por su sobrina Carmina Andrés. En estos relatos hay como un rayo de luz que se proyecta en todas las cosas, llevan sabiduría y siempre nos descubren algo original, están rebosantes de interés y amasadas con esa ternura que casi siempre es la semilla de la sonrisa, y además impregnadas de apasionante misterio. De estas narraciones que podrían llamarse “extraordinarias”, si no tuviera más remedio que escoger una, me quedaría con ÉLOÏSE. La razón es simple: conozco tristes casos reales en los que ha ocurrido lo que en ella se cuenta. En esta narración, Carmen nos sorprende por la facilidad con que nos describe situaciones complicadas y ambiguas penetrando con hondura en el mundo psicológico de los personajes arrastrados, sin poderlo evitar, a ser juguetes de un destino adverso que les persigue.

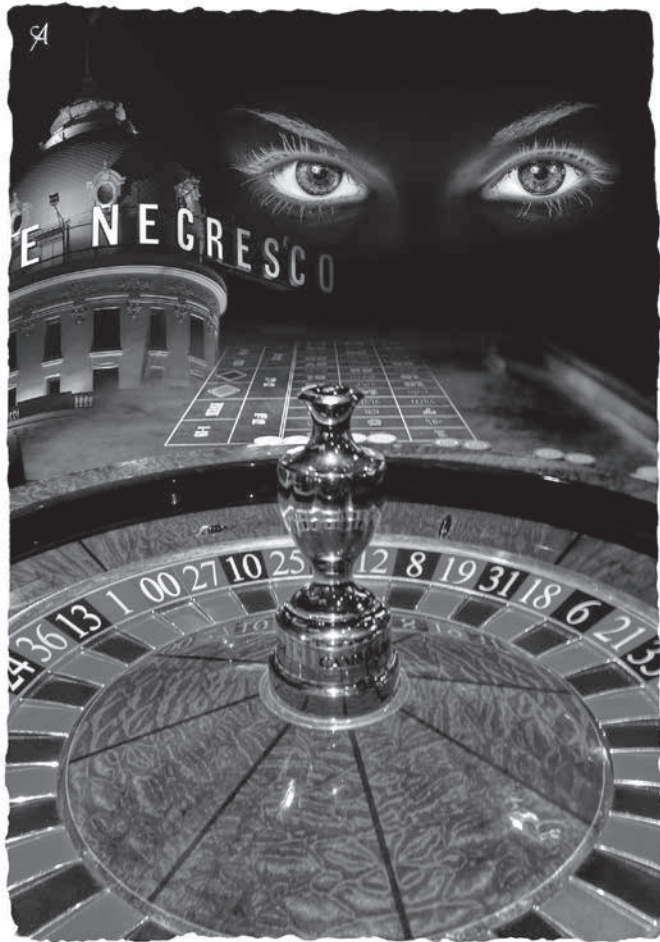
Sus lectores apreciarán que es una obra literaria de singular mérito y sabrán ver su interés simbólico y la calidad del relato. En cuanto a la técnica, es un modelo clásico del género: brevedad, intensidad descriptiva y desenlace imprevisto. En cuanto al estilo su principal característica es la sencillez y la claridad. Pocas palabras, las justas, nada de palabras solemnes, altisonantes y vacuas, ni frases rimbombantes ni adornos innecesarios que casi siempre embrollan la comprensión y que en palabras de Azorín se llama “hinchazón”. El estilo de Carmen es la sencillez, el ir directamente a las cosas y eso es arte.

Son muchos los dones artísticos con los que ha sido agraciada Carmen Carrasco. La hemos visto también actuar como actriz interpretando a una dama del Romanticismo con elegancia y altivez, y a una seráfica monja, santa Teresa; dos interpretaciones opuestas, pero siempre con la dignidad exigida. Y es que, una mujer como Carmen, puede ser lo que quiera, puede dar las notas más altas en cualquier concierto. Su lema podría ser éste: Que todo gire en torno al amor y a la belleza, que la vida sea alegre y la muerte esperanzadora como el esplendor de la muerte del sol en las tardes mejores.

Rogelio Bustos Almendros

Índice

1-Una mala jugada.....	13
2-Recuerdos de una melodía.....	23
3-Un reportaje insólito.....	31
4-Una noche en Roma.....	40
5-La cepa soñadora.....	47
6-Su milagro de amor.....	57
7-El jacarandá.....	66
8-Éloïse.....	75
9-Epílogo.....	87



*Sentada junto a una de las mesas del Gran Casino
vio a una bella mujer de enigmáticos ojos verdes.*

Una mala jugada

Philippe Moreau, recién llegado a Montecarlo, se decidió, un tanto curioso, a visitar, como suele hacer cualquier turista que se precie, su famoso Casino y, una vez en su interior, se dedicó algo displicente a dar unas vueltas por la sala de juego de aquel edificio, uno de los atractivos turísticos más notables del Principado de Mónaco. Según había leído en un folleto que cogió del hotel donde se hospedaba, fue construido por el arquitecto Charles Garnier, el mismo que creó la ópera de París, de estilo Beaux Arts, también llamado estilo Napoleón III. Un bello edificio inaugurado el año 1863 y situado en la parte más famosa del Principado de Mónaco, minúsculo país pero símbolo del glamour y visitado por las mayores fortunas del mundo, gente famosa, miembros de la realeza europea, magnates del petróleo y grandes estrellas del celuloide.

Su nombre, Montecarlo, de origen italiano, significaba monte de Carlos y fue puesto en honor del entonces príncipe reinante Carlos III de Mónaco. Bien, se dijo, para empezar, ya sabía algo de su historia. Ahora comprobaría in situ aquello que decía el folleto publicitario.

Venía dispuesto a pasar unos días en la famosa Côte d'Azur, destino preferido por la aristocracia debido a la belleza de sus paisajes, la suavidad de su clima y elitistas localidades como Saint-Tropez, Cannes y aquel Principado de Mónaco, que a él se le antojaba de opereta, donde acababa de recalar conduciendo su flamante Jaguar último modelo.

Philippe, nacido en París, escritor de fama –su última novela se había convertido en un best seller- era un hombre mimado por

la fortuna. Invitado indispensable entre la llamada jet set, entrevistas, programas de TV... había llegado un momento en que se encontraba agotado y necesitaba unas vacaciones relajadas, lejos de focos, cámaras, actos sociales y demás parafernalia que últimamente acompañaba su vida convertida por obra y gracia de su talento como escritor en una vorágine, una espiral de éxito en éxito.

–*Faites vos jeux, messieurs. ¡Rien n'a va plus!* – se oía la voz mecánica de los *croupiers* incitando a tentar a la diosa Fortuna en forma de ruleta caprichosa cuya bolita recorriendo juguetona los números, rojo, negro, par, impar, parecía burlarse de los jugadores que, ludópatas la mayoría, perdían inmensas fortunas apostando incluso su vida si les hubiesen dado la oportunidad de hacerlo, obsesionados por un número que nunca salía. Algunos, arruinados por completo, acababan suicidándose.

Philippe continuaba mirando a su alrededor un tanto indiferente pues no acostumbraba a jugar. En realidad, no le atraían lo más mínimo los juegos de azar y en el fondo sentía lástima por aquellos jugadores y aquel otro colectivo formado por tramposos, aprovechados, prestamistas, estafadores, pequeños ganadores y grandes perdedores.

De pronto, en una de las mesas la descubrió. Era una hermosa mujer, alta, esbelta, de pelo rojizo, cuya melena le caía por la espalda como una cascada de bronce. Aparentaba unos veinticinco años y de toda ella emanaba un algo que la distinguía de las demás mujeres que se hallaban en aquel salón y que le hizo acercarse atraído por su extraña belleza. Ella, sin percatarse de su presencia, seguía apostando siempre al mismo número: seis rojo, una y otra vez, y parecía que la suerte le sonreía pues siempre acertaba cada vez que hacía la apuesta por ese número que caprichosa había elegido.

De pronto, como si algo le advirtiese de la presencia de aquel desconocido, alzó los ojos hacia él. Unos maravillosos ojos verdes, enigmáticos, algo rasgados, que, al mirarlos,

parecían invitar a que el favorecido por aquella mirada se acercase a ella.

Philippe captó la intención de aquella mirada y, una vez situado junto la dama, cortésmente se presentó:

–*Bonsoir, mademoiselle, Philippe Moreau à votre service.*

La joven, sonriendo levemente, le tendió su mano y correspondió a su presentación:

–*Enchantée, M. Moreau. Je m'apelle Lizbelle.*

¡Lizbelle! En realidad, era un nombre original que no podía irle mejor a su belleza luminosa – razonó Philippe para sus adentros.

–*Veillez vous asseoir à côte de moi, je vous prie. Voudriez-vous tenter votre chance à la roulette?* – preguntó la joven al tiempo que le dirigía una irresistible sonrisa.

Sin pensarlo, aceptó encantado la amable invitación de sentarse junto a ella, pero en cuanto a probar fortuna a la ruleta... Él nunca había jugado ni era ducho en ninguna clase de juegos, mas ante la invitación de aquella mujer y la mirada cautivadora de sus bellos ojos, no pudo resistirse y cedió a jugar unas manos bajo el asesoramiento de ella, toda una experta, al parecer, en materia de juegos de azar.

Y, como suele suceder, la suerte del novato no le falló y, sin tener idea de los trucos que cualquier jugador experimentado pudiese emplear, comenzó a jugar... y a ganar. Al principio, pequeñas cantidades. Después, esas ganancias incipientes cada vez se fueron haciendo mayores y al final de la noche se encontró con que había reunido unos cuantos miles de francos ganados fácilmente a la ruleta. La verdad es que sin darse cuenta ya empezaba a tomarle gusto a ese juego.

¿Y qué mejor manera que gastarlos alegremente con aquella mujer adorable que había estado todo el tiempo aconsejándole cómo había de hacer las jugadas? Así que, aunque con cierto temor a que se negase, le propuso pasar el resto de la noche recorriendo los lugares nocturnos de moda y celebrar su buena suerte entre copas de buen champán francés.

Fue una noche inolvidable. Aquella dama no sólo era bella sino muy inteligente y dotada de un *savoir faire* y una cultura que lo dejaron admirado ante semejantes conocimientos adquiridos en tan pocos años como debía tener. No había tema, por profundo que fuera, que no conociese a fondo ya fuese de literatura, historia, ciencia, viajes... Tan sólo parecían aburrirles, es más, los eludía, los referentes a las distintas religiones existentes en el mundo. Para ella era un tema que, aparte de no atraerle, no le interesaba en absoluto. En realidad, a él tampoco le hacía muy feliz hablar, tanto de política, totalmente desencantado de ella, como de religión o temas paranormales ya que, escéptico, no creía en el más allá.

Se despidieron a punto de salir el alba y al requerirle el escritor volver a verla, ella accedió a reunirse de nuevo por la noche en el Casino y en la misma mesa en que se habían conocido.

Una mujer romántica, se dijo. Y puntual a la cita, a la noche siguiente encaminó sus pasos hacia el Casino con el corazón ilusionado por ver de nuevo a la hermosa mujer que el destino había querido que conociese en aquella Riviera.

Y allí estaba. Sentada, más bien erguida como una reina, ante la mesa de juego mientras la ruleta giraba y giraba a su capricho: Rojo. Negro. Par. Impar. *Faites vos jeux, monssieurs ¡Rien n'a va plus!*

Al verlo, le dedicó una leve sonrisa y le invitó a que se sentara a su lado.

—*Mon cher. Je vois que tu es bien venu à notre rendez-vous. Jouons.*

Por supuesto que no podía faltar a la cita. Y como hipnotizado ante la seducción de aquella mujer y sus enigmáticos ojos verdes, obedeció mansamente a su invitación y comenzó a jugar. Primero, con cierta prudencia y mesura, pero al ver que la suerte le era favorable, se atrevió con cantidades cada vez mayores. Volvía a ganar y de nuevo invertía todas las ganancias a una sola jugada arriesgándose hasta lo inverosímil. Era como una especie

de borrachera lo que estaba sintiendo. ¡Fichas y más fichas! Ingentes montones de fichas que acapararon la atención del resto de los jugadores, compañeros de mesa, que no daban crédito a la suerte de aquel hombre.

–*Mon cher, parie sur le six rouge* – le indicó con voz meliflua la dama.

Y así lo hizo, obediente a todas sus sugerencias apostó al seis rojo todas sus ganancias. El triunfo es de los audaces, se dijo. Pero en aquella desafortunada jugada, en que apostó ese número al pleno, su buena suerte le volvió la espalda y lo perdió todo. Se había quedado absolutamente sin nada de lo que anteriormente había ganado. No sabía qué hacer pues ya no disponía de fondos. Había sido un imprudente apostando todo a un solo número, lo reconocía. Entonces, se le ocurrió una idea que podría sacarle de aquel apuro: Sus ahorros. Y sin pensarlo dos veces, salió disparado en busca de un banco con objeto de sacar todos sus fondos, una fortuna considerable que había ahorrado a lo largo de su carrera de escritor de fama. No se conformó con retirar una cantidad razonable como sería lo prudente; lo necesitaba todo pues en sus venas ya se había filtrado irremediamente el veneno del juego. Y una vez vaciada su cuenta por completo, corrió de nuevo al Casino a la mesa donde la bella mujer aún le seguía esperando.

–*Cher Philipe, parie encore une fois sur le six rouge* – le aconsejó de nuevo.

Por supuesto, volvería a apostar al seis rojo. Ella era la experta y sabía aconsejarle lo que le convenía. Ese número tenía que traerle suerte como anteriormente a ella le había sucedido. ¡Todo a un pleno al seis rojo! Seguro que esta vez saldría el ansiado número.

La bolita volaba caprichosa y saltarina de número en número. Parecía no acabar nunca de girar en sus vertiginosas vueltas rodando de casilla en casilla, mientras el escritor la miraba como obsesionado y ansioso... ¡Horror! ¡No podía ser! ¡Había vuelto a perder! Y ahora sí que ya no le quedaba absolutamente

nada. Philippe quedó anonadado ante aquel revés de la diosa Fortuna que otra vez se había burlado de él volviéndole la espalda de nuevo. Estaba totalmente arruinado. Mas... ante las situaciones desesperadas la mente se agudiza, busca salidas y, de pronto, una idea salvadora acudió en su auxilio: ¡Su coche! Su costoso Jaguar último modelo recientemente adquirido del que estaba tan orgulloso y apenas había podido disfrutar. ¡Eso es! ¡Lo vendería! Por mucho que lo sintiese no le quedaba otro remedio que desprenderse de él.

Y como enloquecido, esperó a que abriesen los concesionarios para entregar aquel coche, que había sido su capricho, a cambio de dinero para volver a jugar. Esta vez, estaba seguro, la suerte había de sonreírle y podría recuperar todo lo perdido y hasta rescatar su preciado auto.

Corriendo atropelladamente por las calles, regresó de nuevo al Casino y jadeante se sentó en la misma mesa junto a la fiel joven que le seguía aguardando pacientemente.

– Mon cher, parie encore une fois sur le six rouge, Cette fois-ci sera le derniere jeu – volvió a aconsejarle mientras lo miraba cálidamente.

¿Una última jugada apostada a ese fatídico número que le había hecho perder toda su fortuna? No podía explicarse el por qué de esa insistencia en que jugara a ese número que ya odiaba con todo su ser. Pero, ante aquella mirada que parecía hipnotizarlo, le fue imposible desobedecer su ruego o mandato, pues ya no distinguía un matiz de otro y tan sólo se sentía como embrujado por ella. Y volvió a apostar al pleno todo lo que había obtenido por la venta de su coche.

Rojo. Negro. Par. Impar. La ruleta seguía girando y girando sin parar, mientras la minúscula bolita saltaba y saltaba como burlándose de él. Rojo. Negro. Par. Impar... ¡¡Negro!! ¡Había salido negro una vez más! Daba igual el número. ¡Negro! Como ese destino que le había vuelto definitivamente la espalda y lo tenía sumido en la más absoluta ruina y desesperación.

Como un autómata, se levantó alejándose de aquella mesa en donde tantas horas había pasado y donde su vida había dado tal vuelco que ya no sabía qué hacer con ella.

Salió, pues, del Casino sin saber a dónde ir. Ni siquiera se había despedido de aquella mujer con la que compartió las últimas horas. Horas intensas de juego y locura.

Siguió deambulando, ciego, sin rumbo ya que no tenía donde dirigirse, cuando, de improviso, se encontró frente a un caballero alto y delgado, todo vestido de negro, con una elegante capa de vueltas rojas en donde resaltaban infinitos números seises. ¡Seis! ¡Seis! ¡Seis! ¡El número del diablo! ¿Qué extraño personaje era aquel?

Sobresaltado ante ese encuentro, se paró en seco incapaz de articular una palabra.

—*No temas*— la voz de aquel ser sonaba cavernosa en el silencio reinante de la noche y sus ojos, verdes y oblicuos, le miraban irónicamente.—*Philipe, conozco tu situación desesperada y quiero darte una última oportunidad de recuperar con creces tu dinero. Voy a hacerte una proposición: Entrarás de nuevo en el Casino y jugarás con la cantidad, más que considerable, que en tu cartera vas a encontrar. Pero ha de ser con una condición: Si ganas, serás inmensamente rico, pero si pierdes, me entregarás tu alma por toda una eternidad. Y no lo olvides: has de jugar al seis rojo.*

Y diciendo esto, desapareció dejando un desagradable olor a azufre.

El escritor quedó anonadado ante lo que acababa de presenciar y la proposición que aquel ser diabólico acababa de hacerle. Estaba hecho un mar de confusiones. No sabía qué decisión tomar. En realidad, ya no tenía nada que perder. Sólo le quedaba como salida el suicidio, al igual que aquellos desgraciados perdedores a los que poco antes había compadecido, o aquella última oportunidad que se le ofrecía de salvarse. Y optó por

jugarse su suerte a la ruleta. Quizá podría esta vez ganarle al destino la partida y burlarse de aquel espíritu maligno y su perversa proposición.

Con esa esperanza, volvió atrás el camino y con paso decidido emprendió la dirección de aquel Casino que tan bien conocía y en el que un día, para su desdicha, se le había ocurrido entrar.

Todo seguía igual. Jugadores en torno a las mesas, *croupiers* anunciando con mecánicas voces las partidas, la mesa en la cual había perdido toda su fortuna y, ante ella, la hermosa mujer esperándolo como siempre, mas ahora no había calidez en sus ojos. Era una mirada fría, casi glacial.

–*Philippe, six rouge* – le ordenó, esta vez con extraña voz.

¡Seis rojo! Naturalmente. No tenía otra elección más que apostar por ese maldito número. ¡Le iba en ello la vida! ¡Su salvación! ¡Todo al seis rojo! La ruleta giraba y giraba. Parecía que no acababa nunca de dar vueltas interminables mientras la bolita, más saltarina que nunca, sonaba como diciendo: ¡Seis rojo! ¡Seis rojo! Pero...

No pudo ser. Aquella bolita, minúsculo verdugo convertida en su destino fatal, pasó de largo ante el seis rojo ignorándolo por completo y Philippe, con los ojos desorbitados y el corazón a punto de estallarle, cayó desplomado encima de la mesa repitiendo como un poseso en los últimos instantes de su vida las palabras: –*¡Seis rojo! ¡Seis rojo!*

Lizbelle, Luzbella, con una sonrisa cruel de triunfo y los ojos tan oblicuos que apenas eran dos líneas en su rostro, que ya empezaba a desfigurarse, se levantó pausadamente y atravesando el salón se dirigió con paso majestuoso hacia la salida del Casino.

Al traspasar la puerta del mismo, las personas que ante ella esperaban para entrar, con la ilusión de hacer fortuna, observaron cómo salía del edificio un caballero alto, delgado, todo vestido de negro, con una capa de vueltas rojas en donde resaltaban infinitos

seises. En su rostro mefistofélico brillaban unos ojos verdes y oblicuos y en su delgada boca se dibujaba una cruel sonrisa de triunfo.

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

¿Os imaginabais que aquella hermosa mujer, Luzbella, era el mismísimo demonio? ¡Pobre Philip! Vendió su alma al diablo apostándola al seis rojo y le salió... ¡una mala jugada!

A mí me ha salido redonda puesto que este relato ha resultado ser ganador de un primer premio, así es que, si os ha gustado, os invito a seguir adelante con mis historias. En la próxima me voy a trasladar a la Ciudad de la Luz, al mismo París. No en avión, ni tren, ni coche... ¡Volaré en alas de mi fantasía!



Las notas mágicas que del violín arrancaban las manos prodigiosas de aquel violinista me transportaron a un mundo de ensueño.

Recuerdos de una melodía

Carlosapuró de un trago los últimos sorbos de aquel coñac francés que se había servido, mientras esperaba pacientemente a que yo terminase de arreglarme. Alto, de un físico agradable y modales distinguidos, nuestra relación se remontaba hacia ya algunos años desde que nos presentó Juan, mi ex marido. Amistad que aún conservábamos, pese a los distanciamientos por motivos profesionales de cada uno, sobre todo, de Carlos, español como yo y escritor de fama que incluso había recibido algunos premios importantes a lo largo de su carrera literaria.

Por esa fecha, él se encontraba pasando una temporada en París con motivo de la presentación de su último libro, el cual estaba siendo todo un éxito de crítica y venta.

Amigos como éramos desde los tiempos felices de mi matrimonio con Juan, nada más llegar a la ciudad me llamó por teléfono, sabedor de mi fracaso matrimonial, para invitarme a cenar, velada durante la cual iríamos intercambiando confidencias sobre los acontecimientos acaecidos a los dos en los últimos tiempos, ya que hacía bastante que no nos veíamos.

Yo estaba pasando una etapa de mi vida muy triste. Sola, en aquella gran ciudad donde me vi obligada a residir dejando mi querido país ya que Juan, buscando amplios horizontes de trabajo, decidió trasladarse a París con objeto de abrir nuevos campos a su ya floreciente negocio. No le bastaba con España. Ambicionaba más y más... y bien caro lo pagamos.

Al principio todo fue bien, salvo el periodo de adaptación a un país que no era el nuestro, las dificultades para aprender un idioma nuevo y demás escollos que hubo que salvar hasta adaptarte

a tu nueva vida y circunstancias. Luego, al transcurrir del tiempo, Juan cambió por completo. Ya no era aquel hombre jovial que yo conocí, lleno de ilusiones y ambiciosos proyectos pero que, una vez aparcado su trabajo, se dedicaba por completo a mí y a nuestro amor hasta que, convencidos del paso que íbamos a dar, un buen día decidimos unir nuestras vidas para siempre. ¡Qué tremenda equivocación!

Desde que llegamos a París entregaba todo su tiempo a los negocios sin ocuparse para nada de mí, que cada vez me sentía más sola y fuera de su vida hasta tal punto que, llegados a esta situación, insostenible por demás, de mutuo acuerdo decidimos separarnos. Yo había conseguido un buen trabajo como informática y de momento seguía residiendo en Francia hasta saber qué hacer con mi vida y qué nuevo rumbo tomar.

Terminada mi *toilette*, a la que dediqué más tiempo que de costumbre, eché una mirada al espejo y éste me devolvió la imagen de una mujer aún joven y atractiva. Y satisfecha, me dirigí al paciente Carlos dedicándole mi mejor sonrisa a modo de disculpa por mi tardanza.

—Me he alegrado mucho de volver a verte, Carlos. Siempre es grato contar con un buen amigo cuando te encuentras sola, como yo me siento en esta ciudad, y tienes por delante una nueva vida llena de incógnitas después de mi separación de Juan. Ahora tengo que empezar de cero y mi horizonte lo veo bastante nebuloso. Aparte de que estoy hecha un mar de dudas sobre qué decisión tomar, si quedarme en este país o regresar a España a la que, por otro lado, tanto añoro .

—Sabes que puedes contar conmigo para todo lo que necesites mientras yo esté en París con motivo, como sabes, de la presentación de mi último libro —me respondió amablemente Carlos—. Y esta noche quiero que olvides todas tus preocupaciones, ¿de acuerdo? Te propongo ir a cenar a un sitio que estoy seguro que te va a gustar. Ambiente elegante, exquisita comida francesa,

música romántica... ¿Qué te parece si nos trasladamos a los años 20, al París de la *Belle Époque*, con salones decorados estilo *Art Nouveau*, profusión de espejos y techos de cristal? Hablo, naturalmente, de *Chez Maxim*.

¡*Chez Maxim!*, la Capilla Sixtina del glamour y los buenos *gourmets*, frecuentado por las más importantes *celebrities*... La velada prometía ser muy agradable y yo necesitaba salir de mi ostracismo de los últimos tiempos, así que accedí encantada.

El *maître*, todo servicial, nos condujo a una discreta mesa, iluminada con velas parpadeantes cuya luz difusa creaba una atmósfera algo irreal. Pedimos *champagne* para beber, naturalmente, y la especialidad de la Casa, mientras hasta nosotros llegaban las notas románticas de un piano que envolvía el salón-comedor de suaves melodías.

—¿Te sientes a gusto, Carmen? —me preguntó Carlos solícito—. Espero haber conseguido que, al menos por esta noche, hayas olvidado un poco tus problemas.

—Por completo, Carlos. Me encuentro muy a gusto y agradezco tus amabilidades. La verdadera amistad se demuestra en los momentos en que casi estamos tocando fondo a causa de los avatares que el destino caprichoso nos depara. Y esta vez no ha sido demasiado amable conmigo. Pero la vida sonrío a quien le sonrío. ¡Brindemos por ella!- Y alzamos nuestras burbujeantes copas en un brindis esperanzador.

—¿*Tout va bien, messieurs?* —inquirió, reverencioso y con voz meliflua, el *maître*, al tiempo que nos obsequiaba con los exquisitos bombones Maxim.

Sí, todo estaba bien en aquel ambiente tan agradable. Diría que casi me sentía feliz.

De pronto, comenzaron a sonar las notas de una vieja melodía que ya creía olvidada, "*La vie en rose*", y a mi mente acudieron aquellas horas pasadas cuando por primera vez escuché

los arpeggios de aquel mágico violín. Y mi pensamiento, sin querer, voló hacia aquella tarde lejana en que vagaba sola por París. Juan y yo ya estábamos instalados definitivamente en la capital de Francia y él, por motivos de negocios -esos negocios a los que entregaba todo su tiempo sin dedicarme casi ninguno a mí-, aquel día, un nuevo e imprevisto asunto le hizo marchar a Marsella con la idea de regresar a la mañana siguiente. La causa de no haberle acompañado no fue otra que la corta duración de aquel viaje.

Y sola, vagaba sin rumbo por *les Champs Elysées*, mientras miraba distraída las tiendas de lujo que, a lo largo de los casi dos kilómetros de longitud, componían la arteria más bella y conocida de París, además de una de las avenidas más famosas del mundo.

Continuando con mi deambular, me encontré frente al *Arc de Triomphe*, uno de los monumentos más famosos de la ciudad y, quizá, el más célebre del mundo, construido por Napoleón Bonaparte en 1806. De estilo neoclásico, su colosal estatura y sus cuatro pilares conteniendo sendos grupos escultóricos, me impresionaron por su belleza, así como la simbólica llama continuamente encendida sobre la Tumba al Soldado Desconocido. Me detuve para leer la inscripción que sobre la misma había: ICI REPOSE UN SOLDAT FRANÇAISE MORT POUR LA PATRIE 1914-1918.

Muy bello, sí, pero malditas guerras, exclamé para mi interior. Y volví sobre mis pasos con idea de regresar a casa cuando, casi indiferente, a mi vuelta me fijé en un cartel en el que venía anunciado un concierto que daban en el teatro Olympia: “Concierto para violín y orquesta”, de Mozart. Solista: Robert Dupon. No lo conocía, el intérprete debía estar en los comienzos de su carrera, pero, por otro lado, no tenía otro sitio donde ir y decidí asistir al concierto, ya que siempre había sido amante de la buena música.

No me arrepentí. Las notas mágicas que del violín arrancaban las manos prodigiosas de aquel violinista me transportaron a un mundo de ensueño durante el tiempo que duró

aquel concierto maravilloso. Me sentía envuelta en una atmósfera irreal. Eran un hombre y un violín unidos por la música, plenos de belleza y armonía, una escena como plasmada por un pintor. Al finalizar el magnífico concierto, quise felicitar al músico y decidida me dirigí a su camerino. Era muy joven, rubio y con unos ingenuos ojos azules.

—*Felicitacion, monsieur. Votre concert m'a emu.*

—*Merci beaucoup, mademoiselle...*

Sin saber por qué el nombre de aquel músico, Robert, me hizo recordar al protagonista de la ópera de Puccini, "La Bohème", y, haciéndome la ilusión de que yo también podría ser la joven enamorada del artista bohemio, respondí:

—*J'ai m'apelle Mimí.*

—*Quelle hereuse coincidence! Moi, Robert et vous Mimí. Mademoiselle Mimí, voudriez vous prendre un verre avec moi? Cela me rendrait si hereux.*

Tomar una copa con aquel desconocido... Y, ¿por qué no? Me sentía tan triste y tan sola... y sin pensarlo, accedí a su petición. Quizá me convencieron sus ingenuos ojos azules o fue el destino quien hizo que nos encontráramos con la complicidad de Mozart y su maravillosa música. ¡Ay!, la música siempre me ha emocionado y hecho soñar, arrancándome de la realidad cotidiana que nos envuelve.

Y a esa primera copa siguieron una y otra más... y, sin pensarlo, acabamos enlazados en la noche bohemia dando un romántico paseo bajo los míticos puentes del Sena. *Nôtre Dame, le Bateau Mouch* navegando por el río, parejas de enamorados besándose y las notas de un cantante callejero entonando "*La vie en rose*".

Contagiados de aquel ambiente, propicio para el amor, nos abrazamos y un largo y cálido beso fue el preludio de una noche de amor... que tan solo duró lo que el breve sonido de una nota. Fuimos dos almas solitarias que una noche, por la música, nos sentimos unidos y que el destino, al llegar el alba separó, sabiendo

que nunca más volveríamos a encontrarnos. Pero aquella noche, bajo las estrellas del cielo de París, la Música de la Piaf y las suaves caricias de aquel desconocido, jamás la olvidaría. Quedaría para siempre grabada en mi ser. Sería el oculto secreto de mi monótona existencia.

—¡Carmen, despierta! Te has quedado ensimismada.

Las palabras de Carlos me hicieron volver a la realidad. ¡Qué lejos quedaba aquella historia de amor perdida en el tiempo y el espacio!

—¿Qué te parece —me propuso Carlos, ajeno por completo a mis revividos recuerdos— si terminamos la velada yendo al Olympia? Dan un concierto muy bueno: “Concierto para violín y orquesta”, de Mozart. Me han dicho que el solista es estupendo. Ha estado muchos años actuando en el extranjero y cosechando grandes éxitos. Se llama Robert Dupon.

¡Robert Dupon! ¡Aquel nombre! Yo, Mimí de nuevo, sentí que mi corazón palpitaba locamente. ¡Robert Dupon!

¡El destino caprichoso volvía a unirnos!

Y como loca, abandoné precipitadamente el salón, ante los asombrados ojos de Carlos, y corrí en pos de aquel sueño pasado que iba a convertirse en realidad.

¡El destino me ofrecía una segunda oportunidad y no estaba dispuesta a desaprovecharla!

oooooooooooooooooooooooooooo

Como un volver atrás en el tiempo, un *déjà vu*, la escena se repetía.

Las notas mágicas que del violín arrancaban las manos prodigiosas de aquel violinista transportaron a Carmen a un mundo de ensueño durante el tiempo que duró aquel concierto maravilloso. Se sentía envuelta en una atmósfera irreal. Eran un

hombre y un violín unidos por la música, plenos de belleza y armonía, una escena como plasmada por un pintor...

-Felicitation, monsieur. Votre concert m'a emu.

- Merci beaucoup, mademoiselle...

-J'ai m'apelle Mimi.

-Quelle hereuse coïncidence! Moi, Robert et vous Mimi.

Mademoiselle Mimi, voudriez vous prendre un verre avec moi? Cela me rendrait si hereux.

¡Sí! ¡Claro que tomaría aquella copa! ¡Una copa llena hasta el borde! Quería apurar hasta la última gota de felicidad que simbólicamente, a través del transparente cristal, le ofrecía el destino envuelto en burbujas de champán y a los sonos de las mágicas notas de un violín.

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

Aún suenan en mis oídos las notas de ese violín imaginario y, con otra imaginaria copa de champán brindo por el final feliz de Mimi... quiero decir de Carmen, que bien podría ser yo o cualquiera de vosotras, lectoras, ya que el destino caprichoso nos depara a veces bellos finales... solo a veces.

Bien, y del romanticismo de este relato pasemos a una historia llena de apariciones y fantasmas.

Así que, vuelvo a ponerme las alas de mi fantasía para volar esta vez a la villa y corte de Madrid, en concreto, al Palacio de Linares. ¡Preparaos a pasar miedo!



De entre aquella negra cavidad de la pared surgió nebulosa la figura infantil de una niña, muy pequeña, sosteniendo una vieja muñeca en la mano.

Un reportaje insólito

Thomas Spencer, joven e intrépido periodista inglés, había nacido en el típico y bohemio barrio de Coven Garden famoso por su Coven Garden Market de flores, frutas y verduras, cuyos coloridos puestos mostraban a los curiosos turistas hermosas flores cultivadas en la campiña inglesa alegrando con sus vistosos colores y perfumando el ambiente de suaves aromas esparcidos en derredor. No en vano aquel barrio había sido elegido para rodar la película "My fair Lady" con la deliciosa Audrey Hepburn como protagonista encarnando a la florista Eliza Doolittle convertida por obra y gracia de su Pigmalión en una gran dama.

Sí, aquel barrio tenía un encanto especial y Thomas, que en el transcurso de los años, y gracias a su esfuerzo, se había ganado un puesto de relieve entre los periodistas, continuaba viviendo allí donde pasó su infancia, adolescencia y ahora, ya convertido en un joven triunfador por sus originales reportajes publicados en diversas revistas en las cuales era muy solicitado.

Spencer, prototipo de inglés, alto, cabellos rubios, bien peinado a lo gentleman, y con ojos de un azul pálido, se sentía satisfecho de sí mismo. En esos momentos volaba rumbo a España pues una de las publicaciones en las que colaboraba asiduamente, en concreto "Lugares Insólitos", le había encargado uno especial sobre algún edificio singular de Madrid. Él ya conocía esa hermosa ciudad pues había venido con ocasión de un congreso de periodistas, celebrado allí no hacía mucho, durante el cual tuvo ocasión de tomar contacto con un grupo de jóvenes colegas españoles con los que entabló buena amistad y, de vez en cuando, sostenían animadas charlas telefónicas cambiando impresiones sobre sus respectivos trabajos.

Precisamente, y avisados por él, irían a recibirlo al aeropuerto de Barajas a su llegada para acompañarlo durante su estancia en la capital del Reino, de la que era un gran admirador pues Madrid era una ciudad llena de vida y alegría, con hermosos edificios, palacios, museos, parques y jardines y, lo mejor: en donde todos eran acogidos como si de una madre amorosa se tratara. Ya decían, con razón, los madrileños –quienes llevaban a orgullo llamarse “gatos”- que “De Madrid, al Cielo”. Aquel hermoso cielo velazqueño, tantas veces modelo de grandes pintores.

El boing procedente de Londres aterrizó felizmente en tierra española y Thomas, portando un ligero equipaje, descendió de él buscando con la mirada entre la gente al grupo de amigos, periodistas todos, que puntuales a la cita le estaban aguardando. Saludos, abrazos, un español bastante aceptable con marcado acento inglés, y salida en los coches hacia el centro de Madrid en dirección al hotel donde había de hospedarse durante su estancia hasta acabar el trabajo que se le había encomendado para su publicación a nivel internacional.

Una vez hubo dejado el equipaje en la habitación del céntrico hotel, Thomas se reunió de nuevo con el grupo de amigos, que previamente tenían reservada mesa en el típico restaurante “La Bola”, célebre local donde su especialidad era el exquisito cocido madrileño, famoso en todo el mundo, hecho a fuego lento con carbón de encina. Pucheros de barro individuales eran puestos a cocer y una vez estaban a punto, el cocido era servido de la manera más original. De entrada, el amable camarero le colocaba una amplia servilleta al cliente alrededor del cuello con objeto de que no le salpicase el caldo del puchero al volcarlo sobre el plato, que previamente contenía los fideos. Una vez consumida esta rica sopa, el mismo camarero volvía a volcar el pote sobre el plato con las verduras, carnes, garbanzos, patatas y todos los ingredientes que hacían de este plato un suculento manjar.

Thomas saboreó con delectación aquella comida, quizá comparándola en su interior con la insípida cocina inglesa, y satisfecho, propuso ir a tomar café a algún local cercano y mientras sus amigos le irían poniendo al corriente acerca de algún lugar típico de Madrid donde inspirarse para escribir su reportaje.

Decidieron ir al Café de Oriente, cercano al Palacio Real, y allí, ante las humeantes tazas de café, cada uno de ellos fue nombrando los emblemáticos edificios, palacios, museos, que podrían servirle de inspiración para llevar a cabo aquel importante trabajo que su colega inglés tenía encomendado.

Todos parecían dignos de consideración ya que Madrid era una ciudad plagada de leyendas interesantes y misteriosas, lo que se dice: una ciudad con duende. Y mientras debatían entre todos la elección de por cual decidirse, uno de los jóvenes periodistas propuso:

-¿Qué tal el Palacio de Linares?

Al oír este nombre un silencio sepulcral cayó sobre todos ellos. Al fin, otro componente del grupo respondió algo dubitativo:

-No creo que sea el lugar más idóneo dadas las historias que se cuentan sobre los sucesos que allí acontecen.

Intrigado, Thomas inquirió:

-My friends, pero, ¿qué ocurre que os habéis quedado de repente tan callados? Me gustaría saber qué misterio encierra ese palacio. Contadme esa historia, please.

De nuevo tomó la palabra el joven periodista que había propuesto aquel lugar y a ruegos de su amigo Thomas comenzó a relatar algo de la historia del Palacio de Linares y de los sucesos paranormales que, según se decía, ocurrían allí, en especial al llegar la noche.

-Amigo mío, como prolegómeno, un poco de historia acerca de este hermoso palacio que comenzó a construirse en el año 1877 y fue terminado en el 1900. Su magnífica decoración se inspira en diversos estilos, tanto Luis XV como Luis XVI o,

incluso, rococó. Sus suelos son de mármoles de Carrara y de maderas exóticas, siendo los tapices de la fábrica de Gobelinos, los techos están decorados con profusión de dorados y pinturas mitológicas. Las lámparas son francesas y las alfombras, de la Real Fábrica de Tapices. Sedas de China y panneaux decoran las paredes, amén de valiosas pinturas... Pero una leyenda fantasmal lo rodea y nadie, ningún vigilante nocturno es capaz de pisar el edificio cuando la noche ha caído y las sombras envuelven el palacio.

-Pues, ¿qué ocurre allí? –preguntó Thomas-. Continúa, my friend.

-Según cuenta la leyenda –retomó de nuevo el hilo el mismo narrador- el Marqués de Murga, dueño del palacio, se había casado sin saberlo con su propia hermana, hija ilegítima de su padre habida con una cigarrera. Al morir éste, dejó escrita una carta para su hijo revelándole la verdad, pero ya era demasiado tarde, la marquesa estaba encinta, dando a luz poco después a una niña, llamada Raimunda, que pasado un tiempo sería asesinada, para evitar el escándalo, y emparedada en la Casa de las Muñecas construida para ser zona de juegos de los posibles hijos del matrimonio.

-Oh, my Good, it's a terrible story! –exclamó Thomas Spencer, no pudiendo evitar un sobresalto, impropio de su flema inglesa-. Continúa, me está interesando mucho todo esto que estás contando.

El narrador, retomando el hilo, siguió con la leyenda, que entraba en su momento álgido de terror, la cual, se creyera o no en su existencia, había de ser digna al menos de respeto.

-Bien, Thomas, ahora empieza la parte terrorífica de la leyenda o realidad, que no se sabe cuando comienza una o termina la otra. Hay quienes aseguran que el marqués se suicidó después de cometer tal atrocidad y desde entonces su espectro deambula por el lúgubre palacio buscando perdón. La marquesa murió, según dicen, de melancolía. Y cientos de testimonios aseguran

que extrañas sombras se aparecen por el interior del palacio. Estremecedoras psicofonías son captadas asimismo en el interior del edificio escuchándose la voz quejumbrosa de una niña diciendo: - "¡Mamá, mamá... yo no tengo mamá!" Y la voz de una mujer también se oye lamentándose: - "Mi hija Raimunda... Nunca oí decir mamá!"

Y es más, se dice que el espíritu de la niña se pasea por los grandes salones del viejo palacio entonando canciones infantiles y llamando a sus padres.

Un pesado silencio, se diría que lleno de presagios, cayó sobre todo el grupo de intrépidos periodistas, jóvenes acostumbrados a bandearse por la vida en busca de una buena noticia, arriesgados por conseguir una foto única, un buen reportaje, con tal de alcanzar el éxito y la popularidad que todo profesional desea hallar en su carrera.

Al fin, el periodista rompió el silencio, concluida su narración, y dirigiéndose nuevamente a Thomas, que con gran interés había seguido aquella historia punto por punto, le expuso:

-Amigo Thomas, después de haber escuchado con tanta atención e interés todo esto que acabo de contarte sobre la leyenda del Palacio de Linares, ¿crees que serías capaz de escribir un buen artículo basándote en tan terrorífica historia? Pienso que podría quedarte un trabajo muy original y te apuntarías un buen tanto en tu carrera de periodista ya que, dado el prestigio de la revista para la que vas a hacer el reportaje, éste alcanzaría una gran difusión. Y hasta es posible que te nominaran para el Premio Pulitzer.

Thomas sonrió al oír la broma de su amigo, que su fino humor inglés supo captar, y después de guardar unos instantes de silencio, como si estuviese consultando consigo mismo algo trascendente, se decidió a hablar:

-Well, my friends, no solo seré capaz de escribir un reportaje sobre esta interesante historia, sino que me atreveré a

pasar la noche en dicho palacio y así podré experimentar por mí mismo esos sucesos paranormales que, al parecer, ocurren allí y de este modo comprobaré la verdad o falsedad de los mismos.

-¡Qué disparate! –exclamaron todos a una-. Nadie se puede quedar dentro de ese palacio una vez cerradas las puertas. Ni siquiera los vigilantes nocturnos se atreven a permanecer en su interior pues todos salieron aterrorizados jurando que jamás volverían a pasar una noche más allí. Olvida esa idea, Thomas.

Spencer escuchaba con una leve sonrisa las exclamaciones de sus buenos amigos y con su consabida flemática calma les respondió:

-Os agradezco infinito vuestros consejos, o advertencias, sobre la temeridad de pasar la noche dentro de ese palacio, pero estoy decidido. Un buen reportaje ha de hacerse sintiendo los hechos en nosotros mismos, viviendo esa propia experiencia, no a través de lo que oigamos contar por terceras personas o hayamos leído en algún periódico o revista. He de ser yo mismo quien viva y sienta lo que ocurre en el interior de ese lugar y así, a la mañana siguiente, podré contaros todo... si es que en realidad hay algo que contar. Esperadme a la salida en cuanto abran las puertas. Yo, una vez dentro del palacio, burlaré al vigilante de día y me esconderé perdido por algunas de las estancias... o detrás de algún fantasma – bromeó.

Thomas Spencer, tal como lo había planeado, penetró en el interior del Palacio de Linares decidido a pasar la noche, provisto de una potente linterna, una cámara de vídeo, cuadernillos, un móvil último modelo salido al mercado y... un enorme valor o atrevimiento, dispuesto a esperar “esos terribles sucesos” contados por su amigo en aquel café.

De momento, se dedicó a visitar las diversas salas, admirando su magnífica decoración, sin que ocurriese nada fuera de lo normal. Tampoco lo esperaba puesto que, pragmático, era totalmente escéptico con respecto a temas del más allá.

Cansado ya de recorrer las distintas estancias, subir y bajar por la soberbia escalera principal, toda de mármol, que unía el entresuelo con la parte noble, el joven periodista, un tanto decepcionado al no observar nada extraordinario, se dispuso a pasar a la famosa "Casa de las Muñecas", lugar destinado como sala de juego para los niños.

La estancia, en donde reinaba una oscuridad absoluta, así como en el resto del palacio, se iluminó con una luz fantasmagórica al proyectar sobre el interior la potente linterna. De pronto, de una de las paredes comenzaron a oírse como unos lamentos, suaves al principio, pero que poco a poco fueron aumentando en intensidad hasta convertirse en auténticos gritos desgarrados proferidos por una garganta infantil.

Spencer creyó ser víctima de alguna grabación previa con objeto de dar pábulo a la leyenda que rodeaba aquel palacio, cuando bruscamente comenzó a resquebrajarse la pared de donde procedían los llantos hasta abrirse totalmente dejando un enorme hueco en medio, al tiempo que los gritos cesaron por completo. El silencio, aterrador, era absoluto. Thomas, expectante, no apartaba los horrorizados ojos, ahora sí, de aquel siniestro agujero. ¿Cómo podía estarle pasando aquello siendo un escéptico total? De repente, comenzaron de nuevo a oírse los gemidos y de entre aquella negra cavidad de la pared surgió nebulosa la figura infantil de una niña, muy pequeña, vestida de blanco, con una vieja muñeca en la mano, que entre sollozos clamaba por su madre mientras, con los brazos extendidos, se acercaba lentamente a Spencer que aterrizado no podía moverse del sitio pues las piernas no le obedecían.

La aparición infantil continuaba acercándosele hasta casi tocar su cuerpo con las manos como ofreciéndole su muñeca suplicando amparo, cuando, a punto ya de alcanzarlo, Thomas, perdido por completo el conocimiento, cayó al suelo desplomado.

Amaneció una soleada mañana de espléndido otoño madrileño. Los jóvenes periodistas, colegas de Thomas Spencer, se dirigían hacia el Palacio de Linares, un tanto preocupados por saber cómo habría pasado la noche su amigo inglés en el interior de aquel siniestro edificio. Tal como habían acordado, lo esperarían a la puerta, ávidos de escuchar de sus labios las propias experiencias vividas durante aquella noche que, empecinado, decidió pasar allí solo desoyendo los consejos de todos para que desistiese de su empeño.

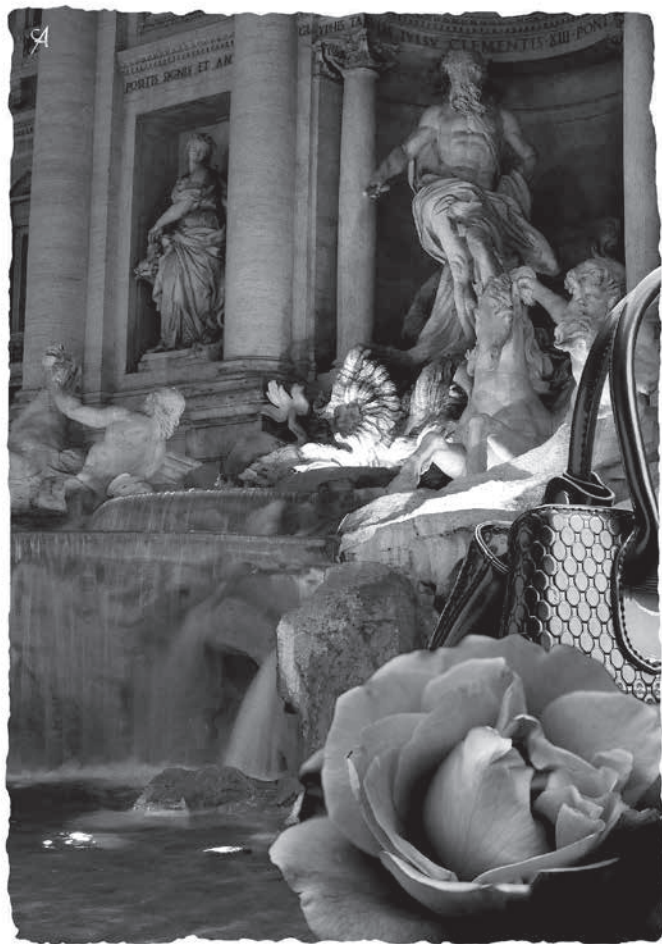
El tiempo transcurría pero el amigo no daba señales de vida. Las puertas del palacio se habían abierto, la gente pasaba, iba, venía, la vida continuaba en aquella gran ciudad como un día cualquiera. Por las calles circulaban veloces miles de coches en busca de su destino. Todo, en medio de una vorágine que envolvía cuanto existía en la ciudad. El corazón de Madrid latía.

De pronto, como un autómatas, vieron aparecer en la puerta a un ser con los ojos desencajados y la mirada perdida, el cabello totalmente blanco y erizado, dando tumbos al andar... ¡sosteniendo en sus manos una vieja muñeca!

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

¡Qué miedo! Os confieso que hasta yo misma, mientras estaba escribiendo, sentía como si el fantasma de Raimunda se me fuera a aparecer también. Este relato parece que le agradó al jurado y quedó finalista.

Ahora, una historia con una protagonista otoñal que vivió un sueño de amor en la Ciudad Eterna. Alas de mi fantasía y ¡rumbo a Roma!



Y de pronto, llena de euforia, sintió el impulso de bañarse en aquella Fontana de Trevi y dejarse acariciar por el dios Océano.

Una noche en Roma

Se miró sin coquetería en el amplio espejo del dormitorio y el frío cristal le devolvió la imagen de una mujer de cuarenta años, no mal parecida, de agradable figura, exenta totalmente de esos artificios con que suelen adornarse las mujeres para resaltar sus encantos o disimular la falta de ellos.

En efecto, nunca se había podido ocupar en esas cosas que consideraba frívolas o superficiales, ajenas a su modo de ser. Se había dedicado toda la vida al estudio y la investigación -su cociente intelectual era muy elevado- y todo el tiempo era poco para continuar acumulando conocimientos que iban nutriendo cada vez más su, ya de por sí, brillante intelecto. Ni siquiera había formado una familia y si alguna vez de joven se enamoró lo había olvidado por completo.

Pero aquella mañana, ante el espejo, descubrió la imagen, más real que virtual, de una mujer que no había vivido; el libro de su vida estaba compuesto por páginas en blanco. Y, semejante a aquel episodio de la Biblia, oyó en su interior como una voz que le gritaba: -¡Despiértate y vive!

Fue como un revulsivo. Una sensación desconocida hasta entonces para ella que la empujaba a salir de su torre, envuelta en papeles, números, fórmulas, tesis... y vacía de afectividad y amor.

¿Por qué no escaparse por un tiempo de ese mundo abstracto en que se hallaba sumergida tanto tiempo y que había llenado su vida hasta entonces? Marcharse lejos de aquel escenario de paredes blancas, paneles blancos, batas blancas y, al final de la jornada, deslizarse sola en un lecho de sábanas blancas como las páginas del libro de su vida.

Estaba decidida. Haría un viaje de placer, distinto de aquellos tan aburridos que por motivos de trabajo, congresos, convenciones, solía hacer y en los que solo conocía a sesudos intelectuales desprovistos de interés humano.

Roma, la Ciudad Eterna, le pareció un lugar ideal para pasar allí unas vacaciones, las primeras de su vida, y empaparse de arte y de historia dejando la ciencia por una vez olvidada.

Al bajar del avión, en el aeropuerto de Fiumicino, notó como si su espíritu comenzara a renacer ante aquella primavera romana que se le metía por todos los poros de la piel. Empezaba a sentirse una mujer nueva, con ansias de vivir y descubrir todo un mundo pleno de sensaciones desconocidas para ella. ¡Roma la aguardaba!

Su estancia en la ciudad se iba deslizando como la de cualquier otra turista ávida de conocer obras de arte, monumentos, iglesias, ruinas romanas. Lo primero que visitó fue la catedral de San Pedro, el templo mayor del mundo, cuyas obras se prolongarían durante 160 años. Le parecieron magníficos el baldaquino y la columnata de Bernini. Supo también que el obelisco, famoso tótem, situado en el centro de la plaza procedía del circo de Nerón. En la Capilla Sixtina se elevó casi a la gloria contemplando las pinturas de Miguel Ángel, así como al visitar la Pietá y el Moisés, quien, según la leyenda, tenía una rodilla rota porque al mirarlo el escultor, le pareció casi humano y dándole un martillazo le gritó: *¡Habla!*

El Coliseo, Anfiteatro Flavio de dos mil años de antigüedad, la transportó al esplendor de la Roma Imperial haciéndola revivir los espectáculos del mundo antiguo y las luchas de gladiadores. Monumental el Foro romano, el corazón de la ciudad, donde se desarrollaba la vida ciudadana de la Roma de los Césares. No podía faltar tampoco la visita a las catacumbas, cementerio subterráneo con cientos de kilómetros de galerías, donde miles de cristianos estaban enterrados desde el siglo II.

También recorrió divertida el popular barrio del Trastevere, de ambiente genuinamente romano, con sus estrechas calles de trazado medieval y pintorescas trattorias y restaurantes donde turistas de todo el mundo saboreaban las exquisitas pizzas a la orilla del río.

Sí, ese viaje había sido un acierto. Regresaría plena de vivencias, bellas imágenes y algo que contar a los compañeros de vuelta a la realidad y a su mundo en blanco. Pero en su interior sentía que algo le faltaba, quizá una nota de sentimiento y afectividad ya que se había pasado todas las vacaciones recorriendo aquella hermosa ciudad sola. Desechó aquel pensamiento y comenzó a deambular, casi sin rumbo, en aquella su última noche en Roma.

Sin apenas darse cuenta, se vio en una pequeña plaza en la que descubrió la más hermosa fuente del mundo: la Fontana de Trevi. Consultó la guía para turistas que había adquirido nada más llegar, y referente a la fuente leyó que fue construida en el siglo XVIII. Estaba dedicada al dios Océano montado en un carro tirado por dos caballos alados y con dos tritones a los lados. Todo un bello conjunto de esculturas rodeado de cascadas de agua. Extasiada ante tanta belleza oyó como alguien a sus espaldas le decía:

-Signorina, ¿necesita un guía? Io parlo un poco l'espagnolo. Sólo tiene que pagarme con un sorriso, una sonrisa.

Curiosa, se volvió y descubrió que quien se dirigía a ella era un joven de pocos años, moreno y con unos ojos negros vivarachos y sonrisa amplia, el clásico tipo de hombre italiano.

-Io puedo explicarle la historia de la fontana piú bella del mondo. É un canto a l'aqua. Dice la leyenda que hay que echar un piccolo soldino, unas monedas, y así usted tornará di nuovo a Roma.

Aquel joven le resultó simpático y divertido con su lenguaje medio italiano, medio español. Y, ¿por qué no? Claro que

echaría las tres monedas en la fuente, como recordó que decía aquella famosa canción de Frank Sinatra, volviera o no de nuevo a aquel lugar.

-¡Prego! Ragazza, allora, tu tornerai.

¡Ragazza! A sus cuarenta años. El muchacho no dejaba de serle gracioso y encima, la tuteaba.

-¡Qué bella ragazza sei tú! No te vayas, quédate aquí junto a mí. Parlemo del nostro encuentro, de la luna nel cielo, della notte, de l'amore. Mi sento felice vicino a te. ¡Vieni!

¿Qué le estaba pasando? Como atraída por un imán se sentó junto al joven italiano en la grada de la fontana y comenzaron a hablar, sobre todo él, de los mil y un temas como si se conociesen de toda la vida y, a medida que estaba con él, a su lado, notaba que una extraña sensación le recorría por todo el cuerpo sacudiéndolo gratamente. ¿Era eso lo que faltaba en su vida? ¿Estaba descubriendo el amor por primera vez? ¿Qué paradoja! Enamorarse de golpe de un hombre mucho más joven que ella y que acababa de conocer en una noche romana junto a una fuente. Sería el influjo del dios del mar que desde lo alto los miraba.

Y de pronto, oyendo embelesada las dulces palabras que aquel joven le susurraba al oído, llena de euforia, ¡la vida podía ser muy bella! sintió el impulso de bañarse en aquella fuente y dejarse acariciar bajo la cascada del dios Océano. Sin pensarlo, se quitó los zapatos, dejó el bolso al borde de la grada de la fuente y se sumergió en el agua sintiéndose como Anita Ekberg en aquella célebre película, *La dolce vita*, mientras "su Marcelo" la contemplaba asombrado y divertido.

-¡Qué brava ragazza! –le gritaba, con una risa tan contagiosa como su alegría de vivir. Todo él respiraba vida. Esa vida que ella hasta aquel encuentro no había tenido y que él le estaba transmitiendo aquella noche mágica.

Salió de la fuente feliz, sin apenas notar el frío de la noche. Él la atrajo hacia sí, tratando de darle calor con su cuerpo, y un beso apasionado fue el preludio de aquel encuentro inesperado

junto a la Fontana de Trevi. Y así, abrazados y envueltos en un mundo de ensueños, vivió su primera noche de amor.

Los incipientes rayos de un inoportuno sol sacaron de su ensimismamiento a una mujer por primera vez enamorada. Y de pronto, la triste realidad se impuso al recordar que el avión que había de llevarla de regreso a España salía en el primer vuelo de esa misma mañana. Su noche mágica había acabado dando paso a un día gris.

Se besaron por última vez, en una triste despedida, y sintiendo que allí junto a la fontana dejaba su recién nacida ilusión, echó a correr en dirección al hotel tratando de llegar a tiempo y recoger el equipaje mientras oía como un eco las dulces palabras de despedida del joven:

-¡Torna, torna, amore! Io estaré esperándote. ¡Torna!

Cuando llevaba un buen trecho recorrido, preocupada por llegar a tiempo, sobresaltada, se dio cuenta de que le faltaba el bolso. Y entonces comprendió. Y todo aquel castillo de fantasía que había levantado con su amor se le vino abajo como un juego de naipes. Aquel joven no era más que un vulgar ladronzuelo que con su encanto se dedicaba a engañar a turistas entradas en años para luego sacarles lo que podía o robarles, como acababa de hacer con ella. La vida le había dado tan sólo unos momentos de felicidad, un espejismo de amor, para luego hacerla volver a la cruel realidad. Sus ojos se llenaron de lágrimas y su corazón de desengaño. ¡Bien acababa su última noche en Roma!

-¡¡Cara mía!! ¡Amore, el bolso!

Sorprendida, se giró en redondo, con los ojos aún nublados por las lágrimas, y descubrió a lo lejos al joven guía corriendo a toda velocidad tratando de alcanzarla.

-¡Amore, il tuo bolso! Lo habías olvidado en las gradas de la fontana mientras te bañabas.

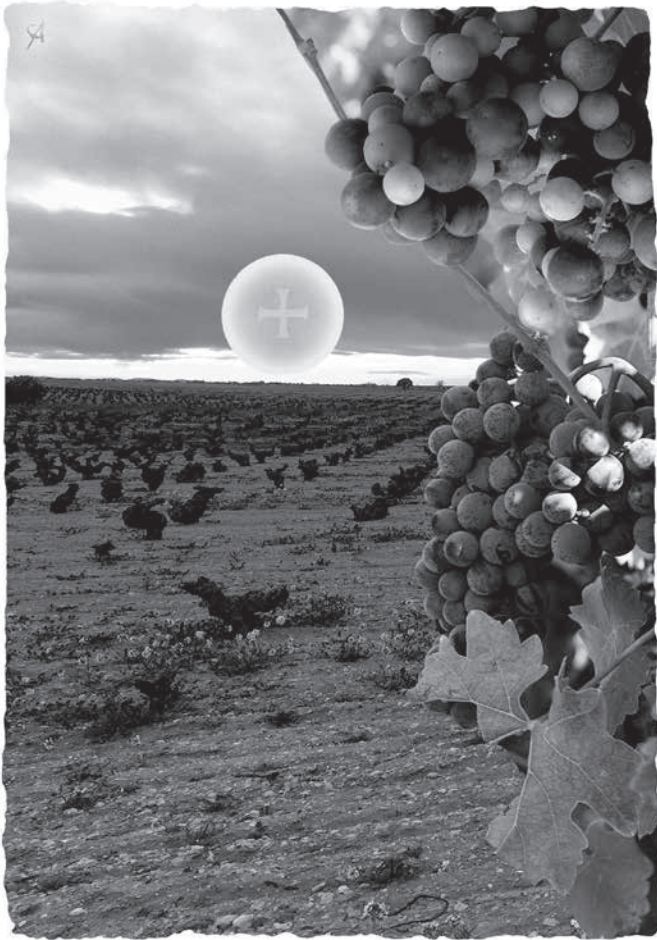
Cogió el bolso y miró al muchacho llena de gratitud. De repente, la vida volvía a ser para ella maravillosa y un sol brillante y cálido inundó su cuerpo y su alma de felicidad. El destino le había regalado una hermosa noche en Roma que llevaría en el recuerdo para siempre.

El libro de su vida ya tenía una página escrita y en su corazón había brotado una rosa.

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

Qué bonito desenlace ha tenido esta historia para nuestra protagonista: una página escrita en el libro de su vida y una rosa en su corazón que jamás se marchitará. No me importaría vivir una noche así en Roma y poder bañarme en la Fontana de Trevi como Anita Ekberg, ¡ay! Bueno, pasemos al siguiente relato.

Alas de mi fantasía y ¡a la ciudad de los buenos vinos! ¡La Rioja!



Soy una humilde cepa, soñadora, eso sí, nacida en La Rioja, la tierra de los buenos vinos que dan fama universal a esta región.

La cepa soñadora

-“Soy riojana. Y qué orgullosa me siento de haber nacido en esta tierra entre viñedos. Los más famosos viñedos del mundo. Al menos, para mí, ya que, aparte mi amor por ellos, gozan de un merecido prestigio internacional. Y es que mi región, aun siendo la más pequeña de España, en su territorio esconde paisajes y rincones propios de todo un continente. Tiene algo del Mediterráneo, que hace crecer los viñedos. Algo Alpino, que corona las sierras nevadas, y un secano profundo que crea paisajes lunares. Pero, sobre todo, una bendición de la Madre Naturaleza: el agua, pues sus siete ríos nacen en la Cordillera Ibérica formando diferentes y bellos paisajes y grandiosos barrancos. Ríos todos bajo el amparo y protección del padre Ebro que señorial recorre La Rioja hasta llegar a su desembocadura junto al Mediterráneo acompañado en su camino por hileras de álamos y chopos mirándose en las aguas y apuntando altivos hacia el cielo.

Sí, señores, soy riojana. La tierra que concentra el mayor número de bodegas históricas de España. En donde hay un jardín que reúne más de doscientas variedades de uvas, junto a las más conocidas como son: la tempranillo, garnacha, mazuelo, graciano, malvasía... ¡Ahí es nada! Todas ellas, buenos caldos en un futuro, creciendo gracias al suelo calcáreo sobre las que han sido plantadas, al clima y a la protección, tras la Sierra de Cantabria, de los vientos fríos del Norte el cual permite a las cepas absorber todo el calor que le proporciona la orientación al sur y así aprovechar la luminosidad de un sol generoso. Y, naturalmente, gracias también a la mano del hombre que, amoroso, lleva a orgullo “tener la viña cuidada como un jardín”, a decir de los viticultores.

Y, ¿qué decir de los monasterios? Solo en el famosísimo San Millán de la Cogolla, para no resultar pesada, Patrimonio de la Humanidad, es donde se condensan más de mil años de historia, un hermoso claustro y una biblioteca que guarda un gran tesoro: las primeras letras escritas en castellano. ¿Tengo o no tengo razón para sentirme orgullosa de mi tierra riojana?

Bueno, y ahora que caigo, aún no me he presentado. Y es que cuando me pongo a ponderar las bellezas de La Rioja me olvido hasta de quien soy: una humilde cepa nacida entre las colinas cubiertas de inmensas viñas de las que manan los vinos que dan fama universal a esta región. Aquí, en esta tierra caliza, recibiendo la luz del sol y los cuidados del hombre, he crecido sana y fuerte y de mis ramas penden hermosos racimos de uvas turgentes destinados a convertirse en alguno de los riquísimos caldos que habrán de ir a parar a las mesas de grandes hoteles o importantes restaurantes, donde exigentes paladares de gourmets habrán de saborearlos.

Sí, estoy muy satisfecha de haber engendrado estas hijas a las que, de seguro, les espera un buen porvenir como es el de convertirse en un excelente vino de marca encerrado en una esbelta botella luciendo orgullosa una etiqueta con su nombre y, quizá, un rancio escudo de conde o tal vez de marqués.

¡Ah!, hijas mías, sed felices ahora. Disfrutad de los días que os quedan de libertad en el campo besadas por el aire y acariciadas por el sol pues pronto os arrancarán de mi ser para cumplir vuestro destino. Yo me quedaré muy triste, pero así es nuestro ciclo. Sé que luego, al convertirlos en rico vino, recibiréis muchos halagos y haréis felices a quienes os beban brindando por alegres causas con una copa llena de vuestro rojo líquido. ¡Qué afortunadas vais a ser!”

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

Así les hablaba esta cepa, soñadora y orgullosa de ser riojana, a sus hijas los hermosos racimos de uvas a las que les deseaba un halagüeño porvenir.

Y, tal como ella les anunció, llegó la época de la vendimia, el triste otoño para nuestra madre cepa y, por consiguiente, la despedida de sus hijas. Y cuadrilla de vendimiadores, provistos de enormes tijeras, se dispusieron a cortar sin piedad, racimo a racimo, todo aquel extenso viñedo durante días y días. Algunos racimos, a causa de las bajas temperaturas, habían muerto. Otros, al sobrepasar los 30° se habían quemado. También había algunos a los que les había atacado el mildium, la filoxera o llenado de parásitos. Estos, naturalmente, eran desechados. Solo los buenos racimos de uva verde o morada, semejantes a esmeraldas y amatistas, serían seleccionados y envasados en cajas que no sobrepasasen los veinticinco kilos de capacidad para no dañarlos con un peso excesivo. Luego, el transporte hacia la bodega lo realizarían con la mayor rapidez posible a fin de que la uva llegase el mismo día de la vendimia, evitando de este modo el ser aplastadas o calentadas en exceso. Después, se pesaría la uva y se comprobaría su estado sanitario y la riqueza en azúcar.

Al acercarse los vendimiadores a la cepa soñadora y separar para siempre a sus queridas hijas de aquella madre amorosa, con dolor, así se despidió de ellas:

-Adiós, hijas mías. Me quedo muy triste sin vosotras pero sé que vuestro destino ha de ser glorioso. Haréis felices a algún célebre personaje y en su mesa seréis la admiración de elegantes comensales. Y tal vez, hijas mías, por la calidad de vuestro vino hasta es posible que hagáis historia.

Y al ver partir por última vez aquellos racimos frutos de su ser a los que con tanto mimo vio crecer día a día, de sus hojas se caían gotas de savia semejantes a lágrimas de pena derramadas.

Y aquellos racimos de uvas, jóvenes y contagiados de los sueños de su madre, fueron transportados, junto a toda la cosecha de uvas de aquel año, a una famosa bodega, de las muchas que existen en esa tierra, de una enorme riqueza arquitectónica, soberbias construcciones de una gran variedad de estilos y formas, muy visitadas por los turistas admirando su belleza.

Al llegar a la bodega que se les había destinado, aquellas uvas jóvenes, algo mareadas por el traqueteo del viaje en tractor, fueron depositadas en una máquina en la cual se les iba a extraer el mosto. A continuación, vendría una operación que consistía en el despalillado en la cual separaban los raspones de las uvas, confiriendo así finura a los vinos. Luego venía el estrujado. Esta operación no les hizo mucha gracia a las hijas de nuestra cepa. Su madre, al ser ignorante de estos procesos no les había advertido que para convertirse en vino habían de pasar por diversas fases no siempre agradables. Pero aguantaron pensando en el porvenir que les aguardaba.

Luego, ya convertidas en mosto, las colocaron en unos depósitos a fin de que fermentasen para su conversión en vino. Esto ya les pareció mejor y durante los diez días que duró esta fase se dedicaron también a fantasear sobre quién sería su destinatario. Quizá un ministro, un célebre actor, un cantante de moda o en un hotel de lujo para ser servidas a huéspedes ilustres. Y felices, dejaban volar su imaginación viéndose protagonistas de grandes banquetes, servidas en finísimas copas de cristal, siendo reinas de la mesa.

Y entre fantasías y sueños, fueron pasando sucesivamente por las fases de maceración y fermentación, en la cual el azúcar del mosto se convirtió en alcohol etílico, que, al parecer, era uno de los momentos fundamentales del proceso de elaboración del vino.

Y después de complicadas y prolijas operaciones, fueron depositadas en una botella en un lugar oscuro a la temperatura

de 15°, en donde pasaron mucho frío y algo de miedo debido a la oscuridad reinante, añorando sus días alegres acariciadas por el sol. Aparte de que tampoco podían moverse. Por lo que escucharon, estaban en una bodega muy húmeda. Para colmo, les habían puesto un tapón de corcho que las aislaba del exterior. A su alrededor también había infinidad de botellas que, como ellas, permanecían tumbadas y en posición horizontal para que el corcho estuviera siempre húmedo, según comentaban los que las depositaron allí. En realidad, no sabían por qué, ellas no entendían nada de lo que les pasaba. Solo de vez en cuando se oían pisadas y unos sonidos humanos que comentaban algo entre ellos. Luego se marchaban y todo permanecía en el más absoluto silencio.

Y así, quietas y en penumbras, fue transcurriendo el tiempo. ¿Cuánto? ¿Meses? ¿Años? No podían calcularlo. Lo único que deseaban era escapar de aquel lugar, cambiar su estado de reposo absoluto y salir al exterior, a ese mundo feliz que su madre había soñado para ellas. Ser admiradas entre ricos manteles mientras un experto sumiller las llevaba cuidadosamente entre sus manos y solemne las ofrecía a distinguidos comensales, para después, catada la primera copa por uno de ellos, quizá el más importante, el cual aceptaba complacido ese exquisito vino, convertirse en señor de la mesa codeándose con manjares de alta cocina confeccionados por algún famoso chef de moda.

Qué emocionante sería que, al final del banquete, el invitado más importante levantara su copa y brindase por algún acontecimiento de relieve. Entonces sí que serían protagonistas absolutas y brillarían como ascuas entre las velas parpadeantes sobre un impoluto mantel.

El tiempo pasaba lenta, pesadamente y aquella botella conteniendo el exquisito vino producto de aquellas uvas permanecía quieta, muda, estática, en el mismo lugar donde

había sido depositada hacía... no sabía cuánto pues había perdido la noción del tiempo transcurrido. Solo sabía que casi todas las demás botellas que habían sido depositadas ordenadamente junto a ella iban desapareciendo. Cada día oía el chirrido de la puerta de entrada a la bodega y se escuchaban las pisadas de seres humanos que, entre murmullos, elegían un lote de botellas para llevárselas no sabía dónde. Y así, una y otra vez hasta que de aquella cosecha tan solo quedaba ella, solitaria y olvidada. ¿Dónde fueron a parar sus sueños de juventud?

Sustituyendo a las antiguas, trajeron nuevas botellas las cuales vinieron a ocupar el lugar que las ausentes dejaron vacío y así no se sintió tan sola. Al menos, tenía la compañía de nuevas botellas conteniendo jóvenes y alegres vinos.

Pero, pasado un tiempo, también esta remesa de botellas comenzó a ser llevada mientras ella permanecía inmóvil en su sitio. Sí, pasaban alguna vez por su lado, la observaban y continuaban su caminar sin siquiera tocarla. ¿Qué iba a ser de ella?, se decía. ¿Por qué este aislamiento y abandono absoluto? Tendrían que destinarla alguna vez aunque fuese a un sencillo bar y alegrar al menos a jóvenes estudiantes sin mucho poder adquisitivo. Todo, menos aquel abandono triste.

Un día, luego de escuchar el chirriar estridente de la puerta de la bodega, escuchó más jaleo que de costumbre, ya que, por lo general, aquellos humanos entraban sin apenas alzar la voz, permanecían poco tiempo y en silencio se marchaban. Pero aquella vez parecía como si estuviesen exaltados. Andaban de un estante a otro como si estuviesen eligiendo algún vino especial. Cogían una y otra botella y, al parecer, ninguna les parecía bien o no reunía las condiciones requeridas para tan gran ocasión. Esto lo deducía por los comentarios que hacían al ir desechándolas una a una.

¿Qué acontecimiento tan importante esperaban en la ciudad para andar eligiendo con tanto esmero un vino tan especial?

¿Acaso no habría en toda la bodega entre tantas botellas una que reuniese esos requisitos para tan gran evento?

De pronto, percibió que alguien se acercaba a ella, ya cubierta de polvo y telarañas por el paso del tiempo transcurrido.

-¡Ésta! ¡Ésta es la elegida! ¡Es el mejor vino que tenemos en la bodega!

No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Ella, la elegida? Y, ¿para qué? ¿Qué clase de ceremonia iba a celebrarse para que fuese un vino tan especial el destinado a ser protagonista de la misma?

Aturdida, notó cómo la cogían cuidadosamente, casi como un rito ceremonial, la limpiaban y era transportada en una caja especial, con mimo, para ser trasladada adonde iba a tener lugar tan elitista acontecimiento del cual no tenía ni idea pues nadie había revelado nada, todo era llevado con el mayor sigilo y secreto. Tan solo escuchó un comentario que, por otro lado, tampoco le aclaró nada:

-Creo que será de su agrado. ¡Qué enorme responsabilidad la nuestra!

Cada vez estaba más desorientada y llena de ansiedad por saber dónde y para qué había sido elegido su vino después de tantos años de dormir sus sueños de juventud.

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

-¡¡Viva el Papa!! ¡¡Viva Francisco!!

El Papa Francisco, de visita por España, había elegido La Rioja como uno de los lugares para ser visitados. Le habían hablado mucho de aquella hermosa tierra, de la ruta de los Monasterios, de aquel exquisito vino que, sencillo y abierto como era Su Santidad, había solicitado catar como un riojano más. Y allí se encontraba ante el gran altar que la ciudad le había erigido contemplando los miles y miles de fieles, hijos de aquella tierra,

dispuesto a celebrar una misa multitudinaria en aquella enorme explanada.

El Papa se sentía feliz en esa tierra.

Y celebrando la santa eucaristía, llegó el momento sagrado de la consagración en la cual el pan y el vino se habían de convertir en Cuerpo y Sangre de Cristo. Y el Papa Francisco, alzando primero la sagrada Forma, la bendijo y pronunció:

-Éste es mi Cuerpo que será entregado por todos vosotros.

Luego tomó el cáliz pronunciando:

-Ésta es mi Sangre que será derramada por todos vosotros.

¡Y allí, en aquel cáliz consagrado se hallaba el vino de aquellas uvas, hijas de la cepa soñadora! ¡Ya no era solo vino! ¡Era la bebida de Salvación! ¡Era la Sangre de Cristo!

Y las campanas de las iglesias se echaron todas al vuelo en un repique triunfal. Y los fieles entonaron alegres cánticos en honor a Dios.

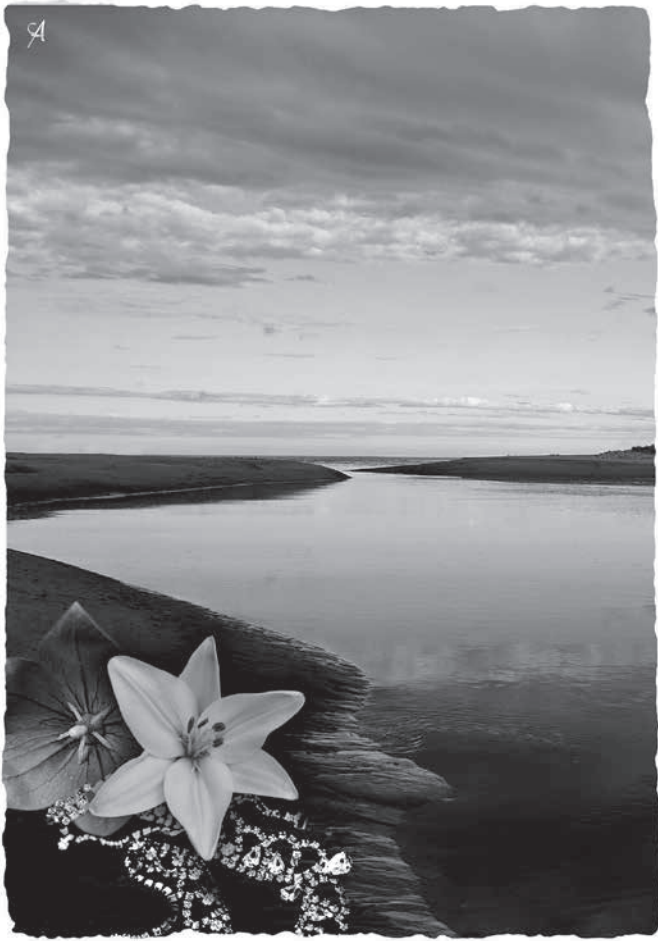
Mientras, el Papa Francisco, alzaba el cáliz y bebía de aquel vino especial elaborado con los racimos de la cepa soñadora que, por milagro de la transustanciación, se habían convertido ¡en la Sangre de Cristo!

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

Qué feliz debió ser la cepa soñadora al ver realizado su sueño y a sus hijas convertidas en la sangre de Cristo bendecidas por el Papa Francisco. Y es que las plantas también tienen sus sentimientos. Son seres vivos creados por Dios y sus almas vegetales gozan si se las cuidan o padecen si se las maltratan.

El jurado debía tener también amor a la Naturaleza como yo y eligió como finalista este relato. ¡Otra alegría para la cepa soñadora!

Bien, sigamos soñando y vamos ahora en pos de un milagro. ¡Un milagro de amor!



*El sol se perdió por el horizonte y la noche, al llegar,
contempló una pareja de enamorados prodigándose caricias.*

Su milagro de amor

Necesitaba esos días de descanso. Relajarse del estrés padecido durante aquella intensa campaña dedicada por completo a su tienda de modas y al desfile de modelos previo a la próxima temporada otoño-invierno que con tanto éxito había presentado.

Era una prestigiosa diseñadora, afamada dentro y fuera de su ciudad. Su ropa, *prêt a porter*, sencilla a la vez que elegante, tenía un toque de originalidad y gozaba del favor del público femenino, a la que era destinada, por ser modelos adaptados a todo tipo de mujeres, muy llevaderos, con los que cualquiera de ellas se podía encontrar a gusto y favorecida, que era el fin que se había propuesto. Huir de diseños alambicados, las más de las veces poco ponibles, para acabar siendo colgados en el fondo del armario por su escasa utilidad práctica.

Empezó abriendo una pequeña *boutique* y, poco a poco, con su esfuerzo y trabajo, restándole horas al sueño y ahorrando centavo a centavo, logró prosperar y ampliar el negocio hasta convertirlo en una moderna y elegante tienda de modas y hacerse de una buena clientela que le permitía una holgada situación económica. De hecho, su último capricho había sido la adquisición de una valiosa gargantilla de diamantes que adquirió a buen precio en una subasta.

Sentimentalmente las cosas no le habían ido tan bien. Su matrimonio, después de tantos años unidos, había fracasado y como dos seres civilizados decidieron separarse. Él había rehecho su vida uniéndose a una chica mucho más joven. ¡Qué locura! Pensó. Casi podía ser su hija. Por su mente jamás pasaría la idea de formar pareja con un hombre más joven que ella. Por el

contrario, llenaba su vida diseñando esa ropa que, embelleciendo a las demás mujeres, contribuía a hacerlas felices y en esa felicidad basaba la suya. No sentía ningún deseo, por tanto, de conocer un nuevo amor, cifrada ya la edad de cincuenta años y con algunos kilos de más. Su rostro aún era agraciado aunque marcado por algunas arrugas, fruto más que de los años, de los sinsabores pasados. Cuando se miraba al espejo pensaba que podía haberse hecho alguna operación de estética que mejorara su aspecto pero al momento desechaba esa idea. No le preocupaban demasiado sus “rasgos de expresión” ya que tenía otras cosas en qué pensar y otros problemas que solucionar.

Lucía, después de consultar por internet algunos balnearios, decidió elegir aquel que le pareció más idóneo para descansar y olvidarse unos días de su ajetreada vida para, una vez recuperadas las fuerzas, tornar con nuevas energías a la vorágine de su mundo de mujer luchadora en que el destino la había convertido.

Y sí, había acertado en la elección pues aquel Centro contaba con unas modernas instalaciones en las que podía disfrutar de piscinas al aire libre, con aguas termales y medicinales –muy apropiadas para su piel-, admirando al mismo tiempo un maravilloso paisaje nevado que a lo lejos se divisaba. Otra piscina, ésta cubierta con techo de cristal, desde donde se podía ver la nieve caer en épocas de invierno mientras disfrutabas de un relajante baño de agua caliente. Cascadas, baño de burbujas con masaje sedante, sauna cubierta con una original bóveda de estrellas semejando al cielo... todo dispuesto para encontrar en aquel lugar el relax y bienestar dentro de un enclave privilegiado pues, incluso, los alrededores eran de una gran belleza. Parajes maravillosos poblados de vegetación y un lago termal a una temperatura constante. Un auténtico paraíso terrenal.

Y por si esto no fuera suficiente, unido a los tratamientos adecuados a cada huésped del balneario, podían recibir sesiones de masaje que a ella, particularmente, la dejaban por completo

relajada, casi adormecida, pues las manos expertas de aquel masajista obraban milagros aun en los pacientes más nerviosos.

Era un chico muy joven, de poco más de veinte años, de tez bronceada, cuerpo atlético, pelo negro y ensortijado y unos ojos de mirada ardiente. Lo que se dice un *latin lover*. A estos encantos físicos unía una simpatía arrolladora con lo cual caía bien a todos los que solicitaban sus servicios, especialmente a señoras por lo general entradas en años.

Lucía, una vez acabado su tratamiento personalizado, se dirigía cada día a la sala de masajes con objeto de completar dicho tratamiento que tanto bienestar le producía. Allí, sintiendo sobre su piel el suave masaje que aquel muchacho, con sus manos grandes y firmes, le iba dando a lo largo de todo su cuerpo, lo recibía casi como una caricia y, a veces, notaba que toda ella se estremecía bajo su influjo.

Trataba de que él no se diese cuenta pero para un experto masajista, aquello no le pasaba desapercibido. Conocía las reacciones de sus pacientes y su sentir tanto como sus cuerpos.

Los días transcurrían plácidos en aquel pequeño paraíso apartado del mundo en el que Lucía había encontrado el bienestar para su cuerpo mientras su espíritu, olvidados los problemas cotidianos, se hallaba casi sumido en el nirvana. Todos los días esperaba con ilusión, diría que con ansiedad, la hora en que debía acudir a su diaria sesión de masaje temiendo... sí, a su pesar tenía que reconocerlo, que el masajista se diese cuenta de que se había enamorado perdidamente de él. ¿Cómo podía haberle ocurrido eso a ella, que jamás había vuelto a pensar en ningún otro hombre, enamorarse de aquel chico que podía ser hijo suyo?

Cada día se hacía el firme propósito de no acudir a la cita para recibir la sesión de masajes... pero, atraída como las mariposas a la luz por aquel muchacho, se presentaba puntual a la hora y dócil se sometía a las caricias, pues así las sentía, que aquellas manos le prodigaban.

Una tarde, en que asomada a una de las amplias terrazas contemplaba el vasto paisaje que ante su vista se extendía, mientras el sol en su ocaso lo teñía todo con reflejos rojizos, advirtió que alguien se acercaba y, sobresaltada, reconoció la voz del hombre del cual se había enamorado.

-Buenas tardes, Lucía. ¿Contemplando un romántico atardecer?- comentó, mientras con paso elástico se acercaba a ella y en su rostro se dibujaba una amplia sonrisa de dientes perfectos.

-¿Te importa que comparta contigo esta hermosa puesta de sol y estos instantes maravillosos? Sin darle tiempo a reaccionar, prosiguió.

-Estás muy hermosa en esta hora del crepúsculo. Tus mejillas reflejan los últimos rayos del sol y tus ojos parecen brillar como los incipientes luceros que asoman ya por el firmamento. Como los brillantes de esta joya que luces en tu cuello que, ante tu mirada, palidecen.

Lucía escuchaba embelesada, como si fuese una adolescente en su primera cita de amor, aquellas palabras que a ella le sonaban sinceras en boca de aquel muchacho que, por otro lado, se le antojaba también algo ingenuo. ¡Hacía tanto tiempo que no le hablaban así, que se sintió halagada y prendida en la tela de araña que aquel desconocido le estaba tendiendo.

Y siguió hablando y hablando mil ternezas, ensueños, promesas, paraísos para vivir los dos... y finalmente, le habló de amor. Sin oponer resistencia alguna, se vio entre sus brazos mientras él la besaba apasionadamente y ella, sumida en su otoñal sueño, le correspondía una y otra vez.

El sol se perdió por el horizonte y la noche, al llegar, contempló una pareja de enamorados prodigándose caricias.

Mansamente se dejó conducir a su habitación. ¿Por qué no? Era una mujer libre y enamorada dispuesta a vivir su noche de amor. Olvidó que su rostro estaba surcado de arrugas y que su cuerpo había perdido la turgencia de la juventud. Solo pensaba

que él también se había enamorado de ella y que la deseaba tanto como ella a él. ¿Qué importaba el mundo y la diferencia de edad fuera de ellos dos y su amor?

No sin cierto apuro, se despojó de la ropa, dejó la valiosa gargantilla en la mesita de noche y desnuda, ante el espejo, contemplaba su imagen de mujer otoñal... Y ¡como un milagro de amor!, el espejo le devolvió un rostro con la tersura de la juventud. Y su cuerpo flácido se tornó turgente y perfectamente moldeado como años atrás cuando era joven.

¡Sí, era su milagro de amor! Del amor que todo lo puede y había hecho que ella volviese a recuperar su perdida juventud para ofrecérsela esa noche al hombre que amaba.

Radiante de felicidad por el milagro obrado en ella gracias al amor, se abrazó a su amado y envuelta en un mundo onírico vivió una noche de pasión como jamás la había sentido. Joven, bella y enamorada entre los brazos de aquel hombre que también la amaba, se sentía la mujer más dichosa del mundo.

-*¡Te amo, Lucía!* –en su embeleso, escuchaba las palabras que él le susurraba una y otra vez con acento de pasión.

-*Amo tu belleza, tu cuerpo, tu juventud...* Esa juventud que, por aquel milagro de amor, había recuperado. Sí, había vuelto a ser hermosa y deseada por ese hombre que la colmó de dicha aquella noche de locura.

Amaneció una mañana radiante y los primeros rayos de sol despertaron a una mujer enamorada, plena de felicidad. ¡Qué bella podía ser la vida! ¿Cómo era posible que todos esos años hubiese permanecido en el ostracismo sin sentir el gozo del amor? Ahora se le ofrecía plenamente en copa de oro y estaba dispuesta a apurar hasta la última gota de aquel exquisito elixir, aquel elixir *d'amore* que el destino, por fin generoso con ella, le había brindado poniendo aquel hombre, casi un efebo, en su camino.

Extendió el brazo sobre la cama tratando de alcanzarlo... pero el sitio que él debía ocupar lo halló vacío. Extrañada, pensó

que habría salido a la terraza de la habitación para contemplar el amanecer y, diligente, de un salto, se asomó a la misma, comprobando con cierta decepción que allí tampoco estaba. ¿Dónde podría haber ido? ¿Quizá necesitaba pasear de buena mañana por los alrededores mientras aclaraba sus pensamientos con respecto al futuro entre los dos?

Decidió esperarlo y una vez reconfortada con una tibia ducha, se vistió eligiendo coqueta un favorecedor conjunto. Quería estar guapa para él y, aunque no era el momento apropiado del día, también se adornaría con la gargantilla de diamantes cuyo brillo había comparado con sus ojos la noche anterior. Se dirigió, pues, a la mesita de noche para ponérselo y... ¡Horror! ¡Había desaparecido! Y ella lo había dejado allí, sobre la pequeña bandeja de cristal, estaba segura.

Quedó paralizada y sin saber qué hacer. Su cabeza era un caos. En su mente bullían mil ideas a cual más disparatadas. Y de pronto, la luz se hizo en su cerebro... pero su corazón quedó roto. ¡Era un ladrón! Aquel hombre del que se había enamorado y que fingió amarla era ¡un vulgar ladrón! Un delincuente embaucador que se aprovechaba de sus encantos físicos y su simpatía para, gran conocedor del alma femenina de señoras en edad otoñal y necesitadas de afecto, engañarlas, como lo había hecho con ella, y después de una noche de amor y mil promesas, las despojaba de sus joyas, huyendo luego cobardemente hacia otro Centro donde no lo conocieran para repetir una y otra vez su fechoría.

Lucía, deshecha en llanto, cayó desplomada sobre la cama. Adiós sueños forjados. Adiós paraísos de amor. Adiós a esa nueva vida plena de felicidad que el destino le había deparado para luego dejarla con la hiel en los labios. Adiós a su amor otoñal.

De pronto, recordó. Ella aún debía conservar su apariencia de juventud reflejada la noche anterior en el espejo. ¡El espejo!

De un impulso se levantó dirigiéndose hacia el mismo, ansiosa por contemplar su imagen y comprobar que su milagro de amor, fallido amor, aún permanecía intacto sobre su persona.

Y a la cruel luz que penetraba a raudales a través de la ventana, al mirarse en el frío cristal del espejo vio con horror que éste le devolvía la imagen de una mujer terriblemente avejentada, con un rictus de amargura en la boca, profundas ojeras alrededor de los ojos, marcadas arrugas y un cuerpo, más que flácido, derrotado por la vida. Su milagro de amor se había desvanecido como sus ilusiones. Todo fue un espejismo fruto de su imaginación. El deseo vehemente de recobrar la juventud perdida. ¡No hubo tal milagro de amor! ¡Solo fue un espejismo!

Lucía, como un autómatas, se dirigió al mostrador de recepción para abonar la factura de su estancia en el Balneario.

-¿Lo ha pasado bien la señora? ¿Ha quedado satisfecha de nuestros servicios? -preguntó con amabilidad el recepcionista-. Espero que no le haya causado mala impresión el desgraciado suceso ocurrido esta madrugada.

Ante el gesto de extrañeza de Lucía, el eficiente recepcionista continuó decidido a darle amplia información sobre el caso.

-Verá, señora, resulta que el masajista que prestaba sus servicios en nuestro Centro, hoy muy de mañana salió de aquí en su coche, no sabemos el motivo aún, con tan mala fortuna que en una de las curvas, se supone que debía conducir a gran velocidad, ha volcado y lo han encontrado ya en estado agonizante. Dicen que antes de morir, repetía una y otra vez, sosteniendo una valiosa gargantilla de diamantes en la mano: ¡Lucía! ¡Lucía!

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

¡Qué pena! No pudo realizarse el milagro de amor y eso que, tanto la protagonista como yo, hemos puesto todo nuestro empeño en que el final fuese feliz.

Como compensación, este relato, que espero leáis, sí que va a terminar como una buena película de amor que se precie.

Alas de mi fantasía y... ¡rumbo a la campiña inglesa!



Aquel hermoso árbol de bellas flores azules, el jacarandá, era el rey del jardín.

El jacarandá

Aquella mañana, en la mansión de los duques de Chester, se notaba más agitación que de costumbre. La servidumbre se movía de un lugar a otro con diligencia y la tranquilidad que de ordinario reinaba en la solariega casa de campo se veía alterada por el trasiego y el ir y venir de los criados afanados en arreglar los salones y limpiar las enormes lámparas de cristal de modo que por la noche refulgieran como ascuas de oro. En sacar brillo a los hermosos candelabros de plata, como si pretendieran que compitiesen con el resplandor de las velas encendidas, y en adornar las mesas colocando profusión de jarrones conteniendo rosas de una rara especie conseguida mediante injertos y cuidados: la rosa azul Davinia con que lord Alfred quiso sorprender a su joven esposa bautizando con su nombre a tan bella flor azul, el color preferido de ella.

El motivo de todos esos preparativos no era otro que celebrar el cumpleaños de la joven, de la cual estaba muy enamorado, con una gran fiesta que él mismo venía preparando cuidadosamente desde hacía ya algún tiempo para agasajarla. Se conocían desde niños y en sus juegos infantiles ella siempre hacía el papel de princesa raptada por un dragón alado, echando fuego por sus fauces, y él era el valiente caballero que acudía a salvarla luchando con el terrible monstruo hasta que lograba arrancarla de sus garras. Ella, como recompensa a tal valentía, se dignaba concederle su mano. Y así terminaban esos juegos de inocente y feliz infancia.

Crecieron, pues, juntos y aquellos sueños infantiles se hicieron realidad. Davinia se convirtió en una bella joven de

cabellos trigueños, ingenuos ojos azules y armoniosa figura, unido todo ello a una elegancia innata que emanaba de todos sus movimientos.

Los dos, descendientes de rancia nobleza inglesa, tenían muchas cosas en común: amantes de la buena música, la poesía, los paseos a caballo por la campiña y, sobre todo, defensores a ultranza de la Naturaleza, los árboles, las flores y, en especial, los animales. En su cuadra, los caballos eran tratados con especial cuidado y los perros, jamás atados - proverbial es el amor de los ingleses a estos seres-, eran considerados como si de un miembro más de la familia se tratase. Amén de los mil pájaros que volando en libertad alegraban con sus trinos el jardín.

Una clara mañana de primavera se hallaban los dos jóvenes bajo aquel mítico árbol, hermoso ejemplar rey del jardín, que milagrosamente y a fuerza de cuidados algún antepasado había conseguido que creciese en aquellas latitudes de un clima inapropiado tan lejos de la América Tropical, su tierra de origen: el jacarandá. Su nombre significaba fragante por lo frondoso de la copa y las bellas flores azules que cada primavera lucía como lágrimas celestes. Objeto también de una antigua leyenda, se decía que dos enamorados, de frustrados amores, al morir se convirtieron él en el recio árbol y ella en sus bellas flores. También los poetas le habían dedicado inspirados versos: *Yo quiero pisar la nieve azul del jacarandá*, aludiendo en forma de metáfora a la lluvia de flores que al caer convierten el suelo en una gigantesca alfombra azul semejante a las lágrimas de la enamorada de la leyenda. Tal era la belleza de aquel árbol tan querido por Davinia que, huérfana de padre desde muy temprana edad, cuando en algún momento se encontraba triste, corría hacia él y abrazada a su tronco hallaba el consuelo a su melancolía, como si de un padre protector se tratase ya que ella creció sin el amparo del suyo. Y el árbol, que parecía comprender su pena, agitaba las ramas como deseando darle un consuelo a aquella criatura tan querida para él.

Y bajo aquel raro ejemplar, aquella mañana de primavera, cayendo sobre ellos una lluvia de sus azules flores, Alfred atrajo a Davinia hacia sí proponiéndole que uniesen sus vidas para siempre. La joven enamorada, llena de júbilo, accedió a su proposición y el jacarandá fue testigo silencioso del primer beso que selló la mutua promesa de amor y su alma vegetal debió sentirse muy feliz al ser partícipe de la dicha de su querida Davinia, a la que tantas veces cobijó bajo sus ramas.

Seguros de sus sentimientos, poco tiempo después celebraron los esponsales a los cuales asistió toda la nobleza del condado, antiguos lores y jóvenes amigos de la feliz pareja. Y la vieja mansión fue el marco de aquel acontecimiento que reunió a numerosos invitados en torno a los jóvenes duques que, ante un futuro esperanzador, formaban la pareja más feliz haciendo realidad las historias fantásticas que protagonizaran en su infancia.

No faltaron los brindis al grito de ¡hip, hip, hurra y el baile que, naturalmente, abrieron los novios a los sonos de un vals inglés que interpretaba la orquesta, más romántico y cadencioso que el vienés a decir de los bailarines que, deslizándose por el salón, disfrutaron de toda clase de ritmos bailables hasta altas horas de la madrugada en que comenzaron a despedirse no sin antes desear a los recién casados toda clase de parabienes.

Al fin, solos, pudieron exclamar en el silencio del salón, antes lleno de bullicio y algarabía. Y enlazados por la cintura, sintieron deseos de salir al balcón para respirar un poco el aire perfumado que les llegaba del jacarandá profusamente cargado de flores cuyas ramas altas alcanzaban a las balaustradas. Davinia, alargando sus manos, las acariciaba con mimo como si de un ser animado y muy querido se tratase. Y el árbol, agradecido, le correspondía dejando caer en sus manos las pequeñas flores a modo de besos azules. Se diría que con ellos, su viejo corazón de madera también deseaba una eterna felicidad a la niña que vio crecer bajo sus ramas.

Pasado un tiempo, otra noche de primavera, la joven Davinia se hallaba ante el espejo de tocador de su habitación acicalándose con esmero para la fiesta con que su esposo había querido obsequiarla con motivo de su cumpleaños. Recogió los largos cabellos en un favorecedor peinado que dejaba al descubierto su esbelto cuello y el vestido, largo y vaporoso, semejava una túnica griega que favorecía su bien formada silueta.

Contemplándose coqueta en el espejo, se sintió satisfecha con la imagen que éste le devolvía cuando, de improviso, apareció sonriente lord Alfred sosteniendo un estuche en la mano.

-Toma, querida, es mi regalo de cumpleaños –le dijo mientras le hacía entrega del mismo.

Davinia abrió la tapa y con gesto de sorpresa descubrió que contenía un hermoso pendiente formado por una preciosa aguamarina, del color de sus ojos, rodeada de brillantes de un claro fulgor. Era una joya magnífica.

-Querido, pónmelo tú. Con este peinado lucirá mucho más –rogó la joven, mientras Alfred colocaba sobre el desnudo cuello la valiosa alhaja que, en contraste con la blancura de la piel, resaltaba en todo su esplendor.

Davinia besaba largamente a su marido, agradeciendo tan maravillosa joya, cuando sonaron unos discretos golpes dados en la puerta de la alcoba. Era Jack, el eficiente mayordomo que venía a anunciarles la llegada de los primeros invitados. Así que, sin hacerlos esperar, salieron a su encuentro recibéndolos como perfectos anfitriones.

Y poco a poco, nuevamente el salón de la mansión se volvió a llenar de invitados dispuestos a pasar una alegre velada durante aquella fiesta de aniversario en honor a Davinia.

Ésta, con su proverbial amabilidad y carisma, fue recibéndolos uno a uno, junto a lord Alfred, dedicando a cada uno de ellos una frase amable de bienvenida. Todos eran amigos y viejos conocidos desde hacía mucho tiempo excepto aquel joven, de aspecto un tanto excéntrico en su forma de vestir y en sus

modales poco elegantes, que nadie conocía y que se había hecho anunciar como conde de Lexinton -quizá su título era recién adquirido -y que por medio de no se sabía cómo había conseguido una invitación para la fiesta. Naturalmente, fue recibido como un invitado más y mezclado entre la nobleza parecía sentirse en su propia salsa pues no cesó de bailar con todas las jóvenes demostrando dotes de gran bailarín y buen conversador.

La fiesta estaba resultando espléndida y Davinia se sentía feliz y agradecida a Alfred por aquellos momentos de felicidad que estaba disfrutando junto a sus invitados y orgullosa de aquel regalo, el pendentif, pasaba sus dedos por la joya como asegurándose de que aún seguía luciéndola en su cuello.

Llegadas las doce de la noche, que el viejo reloj de pared daba con sus atipladas campanadas, se apagaron todas las luces del salón para hacer más efectista la aparición de la enorme tarta de cumpleaños, luciendo un rojo corazón de fresa iluminado por las velas simbolizando los pocos años de la joven. El efecto fue espectacular y todos los invitados, sorprendidos, prorrumpieron en sonoros aplausos en honor de la homenajead.

De pronto, se oyó un grito que dejó en silencio a todas las personas asistentes a la fiesta. Tal grito lo había proferido Davinia al sentir, ya que con la oscuridad nada podía percibirse, cómo le arrancaban del cuello el valioso pendentif.

Encendidas las luces de nuevo, todos acudieron en torno a la joven tratando de averiguar lo que le había ocurrido. Davinia, presa de nerviosismo, se echaba las manos al cuello prorrumpiendo en sollozos.

-¡El pendentif! ¡ Alguien me lo ha arrancado!

Un murmullo de asombro recorrió toda la estancia. Aquello era inaudito. Era de todo punto inconcebible que entre aquellos invitados, amigos de verdad, pudiera hallarse un vil ladrón. Y con disimulo se miraban unos a otros recelosamente pues una cosa era bien cierta: entre ellos se encontraba el autor del robo.

La situación era por demás embarazosa cuando, de repente, se escuchó un nuevo grito, esta vez desde el exterior de la casa, procedente del jardín, y acto seguido el sonido de un cuerpo al caer en tierra.

Como impulsados por un resorte, abandonaron todos el salón, corriendo precipitadamente hacia fuera, y al llegar al jardín cuál no sería la sorpresa de ellos cuando al pie del jacarandá encontraron el cuerpo sin sentido del conde de Lexinton.

No hallando explicación a lo sucedido, llamaron de inmediato a la policía, tratando al mismo tiempo de reanimar al joven que, al ver llegar a los populares *bobbies*, y una vez vuelto en sí, trató de huir ante el asombro de los presentes que no podían dar crédito a lo que sus ojos veían.

Una vez esposado, ante los rostros llenos de incredulidad de todos, el que parecía ser jefe del grupo pasó a informarles:

-Tranquilos, señores. Este hombre, falso conde de Lexinton, como él se hace llamar, es un conocido delincuente al que hace tiempo ya le veníamos siguiendo la pista pues no es este el primer robo que comete ya que tiene un largo historial delictivo. Al arrebatarse a usted, lady Davinia, el pendiente, debió escapar por la terraza del salón, ayudándose de las ramas altas del jacarandá, con tan mala fortuna, buena en este caso para usted, de perder el equilibrio y caer desde lo alto del árbol. Suerte ha tenido de no matarse pues tan solo presenta algunos rasguños y moraduras. Quizá las ramas le han amortiguado la caída. Lo extraño es que no le hayamos encontrado la joya ya que no la lleva encima ni tampoco la hemos visto por los alrededores del árbol pues es posible que la perdiera mientras caía. Pero no se preocupe, lady Davinia, la encontraremos cuando se le interrogue y acabe declarando y delatando asimismo a su cómplice, pues nos imaginamos que debe tener alguno. Buenas noches, señores.

Y tras despedirse el policía llevándose al falso conde detenido, los invitados regresaron al interior de la mansión, aliviados al ver resuelto el caso con tanta rapidez gracias a la eficacia de la policía de

aquel condado. Poco después comenzaron a despedirse no sin antes dar ánimos y sinceras muestras de amistad a lady Davinia, pero con el regusto amargo del final triste de una velada que comenzó siendo una agradable fiesta de cumpleaños y acabó frustrada por causa de aquel individuo indeseable, afortunadamente, ya detenido.

Los días fueron pasando y del pendentif no se tenía noticia alguna. Parecía como si un ser misterioso lo tuviera oculto y no dejara descubrir su paradero. El falso conde había sido interrogado en repetidas ocasiones acerca de dónde lo había podido esconder o si cabría la posibilidad de que hubiese tenido un cómplice y éste hubiera huido con la joya dejando a su compinche abandonado. Todo inútil. El autor del robo juraba una y mil veces que él no tenía la joya ni sabía qué había sido de ella, así como que tampoco existiese cómplice alguno.

Mientras, lady Davinia seguía muy apenada por la pérdida de la joya que con tanto amor le había regalado su marido, no tanto por su valor material, que por supuesto lo tenía, sino por la ilusión que el joven había puesto al hacerle aquel obsequio, ya que era el primer regalo que le hacía después de casados y sentimentalmente significaba mucho para ella.

Una noche, cercano el verano, cuando las ramas del jacarandá ya se hallaban desnudas de sus azules flores, cual lágrimas que él había derramado al perderlas, Davinia, no pudiendo dormir, quizá algo más entristecida que otras veces, salió al jardín y se acercó a su árbol, al cual tenía olvidado hacía algún tiempo. Necesitaba, como cuando de niña estaba triste, de su protección, de aquella fuerza que le transmitía cual tótem sagrado que conseguía aliviar su tristeza. Y como antaño, se abrazó con fuerza a su tronco sintiendo en su ser que poco a poco la invadía una sensación de paz. La luna llena iluminaba al gigantesco árbol y a ella la inundaba de luz.

De pronto, agradecida al sentirse reconfortada, alzó los ojos hacia las ramas altas del jacarandá y sorprendida observó que

algo brillaba... ¡Y allí, en la rama más alta de todas, se hallaba colgado el pendentif!

¿Qué extraño milagro había ocurrido? La muchacha no daba crédito a lo que sus ojos estaban contemplando. El pendentif, que ya daba por perdido, estaba colgado de esa rama como si de una nueva y extraña flor le hubiese nacido al jacarandá.

Y de pronto, comprendió. De pronto lo vio todo claro. El ladrón, tratando de escapar asido a las ramas del árbol, perdió pie precipitándose hacia el suelo, soltando involuntariamente en su caída la joya que quedó prendida en la rama como si el buen árbol la hubiese recogido aguardando que su querida niña la viniese a buscar.

Sí, de nuevo el árbol, su alma vegetal, le había brindado su protección cual si de un amante padre se tratara ya que, al faltarle el suyo, él había asumido esa misión de velar por ella para siempre mientras se mantuviese en pie.

Y Davinia, con los ojos humedecidos por la emoción, se abrazó nuevamente al recio tronco del jacarandá que feliz obsequió a la joven con la única flor que aún le quedaba prendida, como si no quisiera desprenderse de ella, esperando que la joven viniera a recogerla como un último beso azul.

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

Este relato me lo han inspirado en parte los preciosos jacarandás que crecen en la avenida donde yo vivo y que cada primavera, al pasar sobre la alfombra azul que forman sus flores, me obsequian dejándolas caer sobre mí.

Y llegamos al último relato de este libro. Me coloco por última vez las alas de mi fantasía para trasladarme a una de las ciudades más visitadas de Estados Unidos llamada la Ciudad de la Media Luna: Nueva Orleáns. Imaginaos que navegamos a bordo de un barco de ruedas por el río Mississippi...



*De la habitación de Eloïse se veía luz
y en el balcón se destacaba una figura asomada a él.*

Éloise

Stephen Holden, apoyado en la barandilla, miraba distraído la estela de espuma que las enormes ruedas de paletas del Natchez, famoso barco de vapor que hacía la travesía por el río Mississippi, levantaban con sus rápidos giros sobre las aguas tumultuosas del mismo. Blanco, recortándose en el cielo, semejaba una preciosa marina salida de los pinceles de un gran pintor. Navegando sobre el poderoso Mississippi, llamado por los indios el Padre de las Aguas, se iba aproximando a la Ciudad de la Media Luna, Nueva Orleans.

Stephen era un joven de unos veinticinco años, de aspecto agradable y modales distinguidos, ya que había recibido una esmerada educación, pero desprovisto totalmente de fortuna. Su desgastada indumentaria lo acusaba: chaqueta de faldones en exceso usada, así como los amplios pantalones, un chaleco en cuya botonadura faltaba algún que otro botón, corbatín de seda raída y un despintado sombrero que en un tiempo fue gris y ahora mostraba un color indefinido.

Cansado de rodar de un lugar a otro desempeñando toda clase de efímeros trabajos, un día en que la desesperación a causa de su situación económica alcanzó grados superlativos y sin familia que pudiese socorrerle pues sus padres murieron en edad relativamente temprana, llegó a sus oídos que en Nueva Orleans podría encontrar un buen trabajo ya que, según comentarios, aquella ciudad, fundada por colonos franceses, gozaba de un floreciente comercio y bienestar general. Así, que decidió probar fortuna en aquel remoto lugar desconocido para él, aun sabiendo de antemano que allí sería considerado un *yankee*.

Un pariente lejano que anteriormente había emigrado hacia allí, al cual había escrito pidiéndole información antes de embarcarse en aquella aventura, le había contestado que quizá podría desempeñar un trabajo en cierta vieja mansión como bibliotecario. Y hechas las oportunas gestiones por parte de este familiar, un buen día recibió la respuesta a su solicitud, firmada por madame Debereaux, comunicándole que debía presentarse en la fecha señalada en la misiva. Corría el año de 1880.

Y sin perspectiva alguna de futuro, decidió lanzarse rumbo a lo desconocido con la esperanza de que quizá cambiaría su suerte en aquella ciudad del Sur.

El barco comenzó a perder velocidad a medida que se iba acercando al puerto hasta que las ruedas de madera dejaron por completo de girar y su majestuosa figura quedó estática dibujándose entre el agua y el cielo.

-¡Echen el tablón! –gritó el capitán mientras con eficaz diligencia un grupo de marineros negros se disponía a cumplir la orden.

-¡Bajen a tierra! -continuó vociferando, al tiempo que los pasajeros, colonos, tahúres, comerciantes y vividores, abandonaban el Natchez bajando a tierra firme.

Stephen, al desembarcar junto a los demás viajeros, se encontró con una abigarrada multitud de criollos, negros, mulatos, cuarterones, músicos de jazz y bailarines al son de tambores, hombres y mujeres pregonando a voces su mercancía, en una pintoresca mezcla de razas, colores y culturas. ¡Qué distinto todo de su añorado Estado del Norte! –pensó. Y siguió adelante en medio de aquella barahúnda humana.

Como aún disponía de algún tiempo hasta la hora en que había sido citado para la entrevista con madame Debereaux, decidió dar una vuelta por la ciudad, sus calles, plazas y parques. Y, cómo no, no podía faltar el paseo por el típico *Vieux Carré*, Barrio Francés, alma de Nueva Orleans, con sus hermosos

edificios en tonalidades pastel y galerías ricamente adornadas con hierro labrado.

Prosiguiendo la marcha, se acercó también a visitar la Catedral de *Saint Louis* con sus tres elevadas torres rematadas por agujas góticas, deslumbrando toda ella por su fachada pintada de blanco. Quedó impresionado por su belleza, sobre todo la que encerraba en el interior de la misma con sus artísticas vidrieras multicolores. Allí, ante la imagen de San Luis, arrodillado, rogó que durante el tiempo que habría de estar en aquella ciudad, incierto a todas luces, cambiase su suerte y hallara la paz que su espíritu necesitaba ante tantos reveses de fortuna con que la vida le había deparado siendo aún tan joven.

Al salir de la Catedral, reconfortado, se vio envuelto en una enloquecida y variopinta multitud desfilando y luciendo llamativos disfraces. Mascaradas, personajes fantásticos, *flanfeaux* o antorcheros, llenando las calles de locura y alegría. Al indagar, curioso, de qué se trataba aquel desfile de colores dorados, verdes y morados, le informaron que se estaba celebrando el *Mardi Gras*, famoso Carnaval por su vistosidad y originalidad a cuya cabeza iba orgulloso el *Rex* o Rey del Carnaval lanzando desde su carroza, al igual que el resto de la comitiva, los simbólicos collares de la buena suerte con que todos se adornaban.

En verdad, fue una visita a la ciudad muy interesante pero la hora de la cita se acercaba y tomando un carruaje, ya que la mansión se hallaba en las afueras de Nueva Orleáns, se dispuso a enfrentarse con su nuevo destino.

El joven, una vez hubo pagado el importe del viaje al cochero y bajado del carruaje, se vio frente a un viejo caserón que, más que darle ánimos ante el futuro empleo que allí le aguardaba, lo llenó de inquietud y, por qué no confesarlo, de cierto temor.

Decidido, abrió la verja del jardín, totalmente descuidado, en el cual crecían las plantas a su libre albedrío, y tímidamente golpeó con el gozne la puerta de entrada a la mansión. A poco,

salió a abrirle un viejo criado negro de enorme estatura y rostro impenetrable.

-Pase, monsieur Stephen, madame le está esperando.

Precedido por el sirviente, penetró en el interior de la casa, que en otro tiempo sería hermosa mansión, con ricos cortinajes y muebles de maderas nobles, pero que ahora presentaba un aspecto de total decadencia y abandono.

Atravesaron el amplio vestíbulo y al final del mismo, ante lo que luego comprobó que era la biblioteca, se paró el criado y dando unos discretos golpes en la puerta, la abrió dejando paso a Stephen con un ademán e inclinación de cabeza.

-Madame, ha llegado monsieur Holden –anunció.

-Pase, monsieur, acérquese y tome asiento, s'il vous plait –oyó que desde lejos le hablaba una voz algo cansada pero firme.

El joven, ante la invitación que amablemente se le hacía desde el fondo de la gran biblioteca, escasamente iluminada, se acercó con pasos lentos hasta donde se hallaba la persona que estaba a punto de conocer. Ésta era una anciana menuda, de cabellos blancos recogidos en un moño, vestida totalmente de negro, cuyo cuerpecillo protegía con una toquilla de lana bajo la cual parecía aún más pequeña. Era como un ser indefenso, tan solo resaltaban en ella unos ojillos negros de mirada profunda y penetrante.

-Buenas tardes, madame Debereaux –saludó respetuosamente Stephen.

-Bon soir, Stephen - respondió la dama. ¿Me permite que le llame así puesto que hemos de pasar un cierto tiempo juntos, en el caso, claro está, que acepte el encargo que le he de proponer.

-Encantado, madame –replicó a su vez el joven. En cuanto al cometido que tiene pensado para mí, ¿sería tan amable de exponérmelo? Tengo estudios y, modestamente, creo que estoy preparado para desempeñar cualquier trabajo que se me encomiende

-Estoy segura de ello –prosiguió la anciana-, pero la tarea que ha de desempeñar aquí es relativamente fácil, aunque reconozco que algo pesada pues ha de poner en orden y clasificar toda la colección de libros de esta biblioteca, la cual contiene valiosos ejemplares reunidos a lo largo de muchos años por mis antepasados y por mí misma, ya que hoy, al final de mis días, son mis únicos amigos y aquí entre ellos paso la mayor parte de mi tiempo rodeada de su saber y mis recuerdos.

La anciana calló un momento como ensimismada para luego proseguir con su exposición con objeto de poner en antecedentes al joven aspirante al empleo.

-Antes de seguir adelante quiero explicarle algunas cosas acerca de mí. Como habrá apreciado, solo tengo un sirviente, el fiel Tom, que en la actualidad es un esclavo liberado pues esclavos fueron sus padres cuando entraron al servicio de nuestra familia. Él, agradecido, obedece ciegamente todas mis órdenes y estoy segura que daría su vida por mí si alguien osara causar algún daño, tanto a mi persona como a la mansión. Al igual que yo, tampoco tiene familia pues un único hijo que tenía, desgraciadamente desapareció sin que jamás se haya sabido nada de su paradero. Nelson, que ese era su nombre, era un joven inteligente y apuesto al que incluso habíamos dado una buena educación y preparado para ganarse la vida por sí mismo.

Yo vivo, pues, sola, como le he dicho, ya que mi marido murió en la guerra y mi única hija ¡desdichada Éloïse! falleció también a causa de un desgraciado accidente. Como ve, parece que un destino trágico se cierne sobre los habitantes de esta vieja mansión que, estoy segura, se desmoronará el día que yo deje de existir.

Madame Debereaux, sumida en el pasado, interrumpió su relato unos instantes. Después, se volvió a dirigir a su paciente interlocutor.

-¿Le aburro, joven? –inquirió.

-De ninguna manera, madame. Estoy vivamente interesado con su narración, aunque lamento escuchar tan tristes sucesos.

-Bien, ahora quisiera hablarle de mi hija Éloïse. De mi preciosa Éloïse. Era la joven más hermosa que imaginarse pueda. Si se fija en ese retrato que hay presidiendo esta sala comprobará que no exagero lo más mínimo.

En efecto, Stephen, mirando el cuadro, descubrió en él a la muchacha más hermosa que jamás vieron sus ojos. Su piel, blanca y sonrosada, semejaba el pétalo de una camelia y sus ojos, dos hermosas aguamarinas, parecían acariciarle con la mirada. Largos y rubios cabellos enmarcaban un rostro de óvalo perfecto y su boca sonriente parecía incitar al amor. Era, lo que se dice, una blanca camelia del Sur.

El joven quedó prendado de aquella criatura perfecta... que ya no existía. Era incapaz de apartar los ojos del cuadro, cuando la voz de la anciana lo sacó de su ensimismamiento.

-Ya veo, joven, que le ha causado un gran impacto la belleza de Éloïse. Aquí tenía apenas veinte primaveras y de esto ya han pasado casi cuarenta años. No es usted el único que se dejó seducir por su encanto. Todos los jóvenes de Nueva Orleans estaban enamorados de ella y en esta casa siempre se oían las risas y juegos de aquellos muchachos que a menudo la visitaban, todos ellos hijos de aristócratas familias, solicitando de ella su amor. Mas Éloïse no hacía caso de ninguno. Se mostraba indiferente a toda aquella corte de admiradores que rivalizaban por hacerla su esposa. Su repentina muerte truncó los sueños de todos, los míos, los de aquellos jóvenes alegres y los sueños, tal vez secretos –aquí la anciana hizo un gesto de amargura-, de mi preciosa y desgraciada hija Éloïse.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas de aquella afligida madre, que de inmediato secó, y retomando una vez más la palabra se dirigió de nuevo a Stephen.

-Bien, joven, ya está usted al tanto de la triste historia de mi vida. Prometo que no volveré a mencionarla más pero era

necesario que usted la supiera. Una última advertencia. ¿Ve esa puerta cerrada al fondo de esta sala?

Stephen giró la cabeza hacia el ángulo más distante de la biblioteca y comprobó que en efecto la puerta estaba herméticamente cerrada. Extrañado, miró hacia madame Debereaux como requiriendo una explicación.

Ella, comprendiendo su gesto, respondió con una energía inusitada:

-Esa es la habitación de mi hija Éloïse. Está tal como la dejó cuando ocurrió el terrible accidente que le costó la vida. ¡No intente jamás abrir esa puerta! Desde que ella se fue, nadie ha entrado en esa habitación y la puerta permanecerá cerrada para siempre. ¡Para siempre!

Stephen se adaptó pronto a su nuevo y un tanto peculiar destino y distraído con su trabajo en la biblioteca se dedicó con interés a clasificar cada uno de los numerosos ejemplares que sus estantes contenían, algunos de gran valor histórico a la vez que material. Comprendió que la anciana señora le hubiese encomendado aquella tarea que, por ser bastante ardua, le llevaría un cierto tiempo realizarla. No le importaba, se había aficionado a los libros y en ellos encontró también a los amigos que en su vida anterior le faltaron. Al abrirlos y pasar sus hojas notaba calidez entre ellas y en aquella sala pasaba la mayor parte del tiempo ensimismado en sus interesantes historias.

A menudo se quedaba absorto ante el retrato de la bella Éloïse y sin darse cuenta descubrió que, a fuerza de contemplarlo, se había enamorado de aquella joven del cuadro. Era su secreto pues a nadie podía contarle esa maravillosa sensación que le causaba la visión de Éloïse desde la altura en que lo miraba desde su retrato.

Después, echaba una rápida mirada hacia aquella puerta cerrada, prohibida habitación que fue de su idealizado amor. ¡Cuánto daría por poder abrir la maldita puerta y una vez dentro,

acariciar cada uno de los objetos que habían pertenecido a la joven! Pero aquello era una utopía y, resignado, tornaba de nuevo a la compañía de los libros conformándose con sus oníricas fantasías y su amor platónico por la joven del cuadro.

Una noche, cercano ya el verano, en que el calor sofocante le impedía dormir, Stephen se levantó y, una vez vestido, se dispuso a dar un paseo por el jardín que rodeaba la casa. Éste era amplio y diversos vericuetos lo conducían a rincones recoletos que en sus tiempos de esplendor debían formar deliciosas glorietas, mientras artísticas fuentes dejarían correr sus aguas alegrando el ambiente con su cantarino son. Ahora tan solo era una reliquia del pasado. Un parque salvaje cuya vegetación descuidada lo invadía todo llenando el suelo de hojarasca y ramas secas.

Stephen, una vez que hubo terminado su paseo por aquel desolado jardín, decidió regresar de nuevo a la mansión cuando... ¡No era posible! De la habitación de Éloïse se veía luz y en el balcón se destacaba una figura asomada a él.

El joven no daba crédito a lo que veían sus ojos. Aquella habitación había permanecido cerrada durante cuarenta años y en su interior no había nadie. ¡Estaba vacía!

Escéptico, no creía en fantasmas pero no hallaba explicación alguna acerca de aquella visión. En la casa solo habitaban madame Debereaux, el viejo criado y él. ¡Nadie más! Entonces, ¿quién era aquel ser vivo o espíritu que había visto asomado al balcón?

Decidido a descubrir el misterio, se dirigió al interior de la mansión y revolviendo en un viejo armario que contenía herramientas utilizadas por Tom, encontró una especie de ganzúa con la cual quizá podría abrir la cerradura de la misteriosa habitación de Éloïse, aun contraviniendo la prohibición de madame Debereaux.

Procurando no hacer ruido, se dirigió a la biblioteca y ante la cerrada puerta comenzó a trastear tratando de forzar la oxidada cerradura tantos años inutilizada.

Mientras estaba afanado en su tarea, creyó escuchar como unos leves gemidos provenientes del interior de la habitación. El misterio se hacía cada vez más inexplicable.

Por fin, y tras arduos esfuerzos, logró forzar la vieja cerradura y la puerta, poco a poco, cedió hasta abrirse por completo. A la escasa luz que alumbraba el interior de la estancia, el joven pudo ver una mujer representando unos sesenta años o más, horriblemente avejentada, cuyos cabellos, entre rubios y canos, le caían a lo largo de la espalda en enmarañada melena. Sus ojos, de un azul blanquecino, casi nebuloso, lo miraban con horror y en su boca se dibujaba un rictus de amargura.

¿Quién era aquel ser espantoso? Stephen, ante aquella visión, no pudo reprimir un grito de horror que resonó como un eco en el viejo caserón despertando a sus dos únicos habitantes los cuales abandonando sus habitaciones corrieron hacia el lugar donde se hallaba el joven: ¡La habitación de Éloïse!

-¿Qué significa esto, madame? ¡Exijo una explicación! – increpó Stephen dirigiéndose con gesto hostil a madame Debereaux, mientras el viejo criado permanecía a su lado amenazador y en guardia, fiel defensor de su ama.

-Joven, temía que esto algún día iba a llegar desde que apareció usted por esta casa y me di cuenta, aunque usted lo ignorase, de su enamoramiento idealizado, casi obsesivo, al contemplar el retrato de mi bella hija Éloïse. Bien, pues... ¡Aquí la tiene! Aquí tiene lo que queda de aquella hermosa muchacha que por elegir un amor equivocado ¡ella misma se condenó a vivir encerrada para siempre! Usted ha abierto la herida de hace cuarenta años y ahora va a conocer la historia verdadera y no la que hice creer a todos para salvaguardar su virtud fingiendo que había muerto a causa de un accidente. Así despertará usted de una vez de sus ilusos sueños para volver a la realidad.

-Sí, es cierto que mi hija Éloïse era la joven más hermosa de toda Nueva Orleans y que todos estaban enamorados de ella,

pero ella, ¡ella había entregado su amor a Nelson, el hijo de Tom! Aquel muchacho, criado en nuestra casa, al que dimos una esmerada educación, fue el único que conquistó su corazón y con quien estaba dispuesta a marcharse. ¿Comprende usted lo que aquello significaba en una ciudad sureña? Naturalmente, yo quise impedir aquellos amores a todas luces condenados al fracaso pero todo resultó inútil. Éloïse estaba decidida a huir con Nelson lejos de aquí, de su hogar, de su ambiente, para vivir una existencia incierta, incomprendidos por la intransigencia de esta sociedad que no perdona.

Y una noche abandonaron los dos este viejo caserón dispuestos a coger un barco que los llevaría lejos de aquí para vivir su amor en libertad. ¡Libertad! –exclamó la anciana con ironía-. A poco de partir el barco río arriba, alguien la reconoció y avisaron de inmediato al capitán que con la ayuda de un grupo de hombres atacaron al bueno de Nelson quien al tratar de defenderse, fue arrojado por la borda, ante los horrorizados ojos de Éloïse, ahogándose en sus aguas.

Ella me fue devuelta a casa y enloquecida por completo se encerró en su habitación sin querer ver a nadie y sin hacer tampoco caso de mis súplicas y ruegos para que abriese la puerta. Todo fue inútil.

Pasaron los días y Éloïse no salía de su habitación y si hacíamos el intento de forzar la cerradura amenazaba con prenderle fuego con las velas.

Mi fiel Tom hizo una trampilla en la puerta, apenas visible, para suministrarle el poco alimento que tomaba y atender a sus necesidades más perentorias para subsistir. En realidad, no sé cómo ha podido sobrevivir tantos años. ¡Años de sufrimiento y dolor! Este es el motivo por el que yo paso tanto tiempo aquí, cerca de ella, y cuando estoy sola le hablo aunque jamás ha accedido una sola vez a mis súplicas para que abandonase su encierro.

Bien, Stephen – continuó madame Debereaux-, ya conoce usted la triste historia de quien fue la muchacha más hermosa de Nueva Orleans, mi querida Éloïse.

El joven, horrorizado, no sabía qué contestar al escuchar la verdad de los tristes sucesos acaecidos cuarenta años atrás y que ahora resurgían de un lejano pasado que él pretendió hacer presente al enamorarse de la mujer idealizada pintada en un cuadro.

Todo aquel mundo de ilusiones que él, ingenuo muchacho, había forjado, vanas fantasías que acariciaba como un sueño ¡el único sueño de su vida!, se desvaneció como lo hace un globo vacío en el espacio. La cruel realidad se le mostró cruda e implacable despojándolo de golpe de su aún ingenuo modo de pensar esperando de la vida un futuro prometedor. ¡Todo se derrumbó en torno a él como un castillo de naipes!

Y de pronto, comprendió que había dejado de ser un muchacho soñador, enamorado de un imposible, para convertirse en todo un hombre pleno de madurez.

¡Pobre Éloïse! ¡Pobres amores truncados por la incomprensión y la intolerancia! Entonces se volvió hacia la desdichada y allí permanecía, inmóvil y callada, como presenciando una representación teatral ajena a su persona, enajenada ya por completo y fuera de la realidad.

Lleno de piedad se acercó a ella y con cariño le dio un tierno beso que hizo asomar una tímida sonrisa en sus marchitos labios.

Habían pasado ya muchos años. Stephen, sentado en su sillón de orejeras, ante un reconfortante fuego y rodeado de libros, sus verdaderos amigos, repasaba tranquilo su vida hasta llegar a esa sosegada vejez que ahora disfrutaba. Había pasado por muchos avatares, aventuras sinfín, recorrido lejanos países y adquirido una gran experiencia. Ahora ya no necesitaba nada. Lo tenía todo y, sobre todo, una gran paz en su interior.

Y mirando una vez más aquel cuadro que la anciana madame Debereaux le entregó al despedirse de la vieja mansión, se quedó profundamente dormido.

Éloïse, desde su retrato, velaba su sueño.

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

Todos los seres humanos nacen libres en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.

Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Epílogo

Amigo lector/a. Ha llegado la hora de plegar cuidadosamente las alas de mi fantasía que me han trasladado a estos lejanos lugares en donde mis relatos se han ido desarrollando. Las guardaré en mi imaginación y allí quedarán esperando hasta que un buen día quizá las despliegue y os cuente nuevas historias. Gracias por leer las contenidas en este libro.

Y con este haiku os deseo lo mejor:

*Vuela muy alto,
tocando las estrellas,
y no descendas.*

